

su lado. De este modo, cuando se preparaban o estallaban las traiciones de que se ha dado cuenta y que veremos multiplicarse luego, todas urdidas y agenciadas por las capas militares y sociales superiores de la nación, había un elemento popular cuya actitud los secundaba.

Vencido Riva Agüero quedó eliminada una de las preocupaciones de Torre Tagle: quedó expedito el campo político en que campear como presidente sin competencia. La anulación de una fuerza de resistencia a la libertad pesaba nada en su conciencia. Se había eliminado un enemigo personal que contrapesaba su poder e influencia: eso era todo.

El ambicioso aristócrata, como casi todos los aristócratas limeños, sin sentido patriótico, orientado hacia sus intereses y conveniencias personales exclusivamente, se había librado de un rival poderoso mediante los esfuerzos del Libertador, a quien él mismo, como el vencido rebelde, habían instado para que viniese al Perú. ¿A luchar contra los soldados legionarios de la Península? Eso era lo que él como su rival habían hecho creer al pueblo cuyo concurso y voluntades había menester cada uno de ellos. En su fuero interno abrigaban la esperanza de utilizarlo para el logro de sus apetitos. Reducido Riva Agüero a la nada, campeaba en la política interna el marqués, y ahora podía iniciar con La Serna y Canterac las intrigas necesarias para entregarles la república, comenzando por las respetables plaza y fortaleza del Callao. Su tarea era más fácil que la del desterrado faccioso: más cortas, más expeditas las vías de comunicación, más fácil el disimulo.

Don Bernardo Tagle, marqués de Torre Tagle, compendia en sí plenamente la ideología de los entreguistas: vengan los españoles conhorabuena; mis cuantiosas riquezas necesitan vegetar en la integridad y seguridad; los patriotas están destinados al fracaso más ruidoso, y para que mis bienes de fortuna no sufran mengua ni estén expuestos al peligro, colaboraré con ellos de muy buena voluntad.

Bolívar, en la penuria de efectivos de que disponía ante la superioridad de todo orden del enemigo, quiso echar mano de un recurso dilatorio: el armisticio de seis meses. Riva Agüero ya lo había intentado, pero él proponía a La Serna implantar lo que prácticamente era la entrega del país a la monarquía a cambio de arrojar del territorio al Libertador. Este lo proponía ahora como medida dilatoria, calculando que mientras tanto habían de llegarle los auxilios que había pedido a Colombia y a Chile. El designio es una clave para darse uno cuenta de las angustias en que la situación

mantenía su espíritu, porque un juicio sereno debía comprender que era exótica semejante propuesta a un ejército brillante que acababa de vencer y aumentar considerablemente sus efectivos en Ica, Torata, Moquehua y el Desaguadero, y que estaba al tanto de la nulidad intrínseca de los auxiliares argentinos, peruanos y chilenos, minados hasta lo más íntimo por la indisciplina, los odios, el nacionalismo, y la carencia de armas, equipo y aun paga de la tropa, porque las sumas confiadas para esto al coronel argentino Martínez habían desaparecido en el juego.

Cuando Bolívar proponía a Torre Tagle entablar negociaciones con La Serna para la celebración del armisticio ya el peruano las había iniciado por su propia cuenta. Mas los fines eran diametralmente opuestos. Aquél se jugaba por la independencia del país de los incas, éste ofrecía el dominio de la patria a condición de que le ayudasen a expulsar de ella al abnegado campeón de la libertad; aquél lo sacrificaba todo, se arrojaba voluntariamente a las llamas como el romano Curcio, por la libertad del Perú; éste buscaba el arrimo de los enemigos de esa libertad, su libertad, con tal de encontrar un fuerte amparo a sus bienes de fortuna, que veía imposible con el régimen que buscaba aquél y cuyo advenimiento consideraba él imposible dada la mengua creciente de la capacidad del ejército que comandaba Bolívar para enfrentarse a las tropas reales. Torre Tagle no había esperado la sugestión del Libertador para entablar negociaciones con los realistas; desde los últimos meses de 1823 las había iniciado; pero como decimos, muy lejos del espíritu y propósitos del héroe de Colombia. Antes por el contrario, con la sola condición de echar a Bolívar y sus auxiliares del suelo peruano, se encaminaban a entregar la república al enemigo, como las intentadas de Riva Agüero.

Aprobada por el congreso la idea del Libertador, Torre Tagle, que como se ha dicho ya estaba en cuchicheos con los realistas, despachó hacia ellos a su ministro de guerra don Juan Berindoaga, vizconde de San Donás, con el ostensible propósito de iniciar las negociaciones; pero con comisión secreta y personal suya para entregar al país y expulsar a Bolívar y su gente.

No se limitaba a ésto la campaña traidora. Torre Tagle, Berindoaga y sus subalternos habían tenido buen cuidado de preparar el espíritu de los militares para que se hallaran por la necesidad y privaciones listos para la defección. Desde el mes de octubre de 1823 había venido advirtiendo el Libertador al congreso del estado excesivamente grave en que se encontraba la fuerza. Como consecuencia de la carencia de rentas no había medio de racionar a los

soldados adecuadamente. Ocurría que en los ejercicios los soldados solían caer desmayados por su alimentación insuficiente o nula. Se agregaban a estos motivos materiales de desmoralización el conocimiento de la abundancia en que se movían las fuerzas enemigas, y las noticias persistentes y hasta exageradas del triunfo del absolutismo de la Península y la próxima llegada de numerosos contingentes para reforzar las tropas de la sierra y el Alto Perú.

El jefe de estado mayor, coronel Heres, reclamaba, pedía, exhortaba para que se remediase el estado de cosas. El congreso decretaba y ordenaba, pero las cosas quedaban así: los funcionarios no se movían, comenzando por el presidente, el ministro de guerra y demás altos funcionarios. Era la fuerza de resistencia, era la inercia estudiada con fines diabólicos. El comandante del batallón colombiano Vargas que custodiaba El Callao, primero y codiciado punto de mira de los rebeldes, advirtió al gobierno que su cuerpo se estaba disolviendo por las deserciones a causa del abandono en que yacía. Bolívar mismo, medio repuesto de su tabardillo, representó al congreso su disgusto por la inercia y el abandono del gobierno y amenazó con retirarse a Colombia si en el término de un mes no se ponía remedio a ese estado de cosas.

No otra cosa deseaba el gobierno peruano, pero era preciso guardar apariencias. Desde el mes de diciembre anterior y por medio del comerciante Terón las conferencias peruanas estaban abiertas con los realistas. No era extraño a ellas el ministro de guerra Berindoaga, que fue escogido desde ahora por el presidente para iniciar las negociaciones en nombre de Bolívar: una misión ostensible y otra reservada. Qué ocasión más oportuna para obrar a mansalva y consumir el engaño de que fue víctima el Libertador, hasta el punto de aprobar por escrito su gestión en carta del 7 de febrero a Torre Tagle. ¡Ya había empezado a dar frutos la sombría conspiración! : "He visto con la mayor satisfacción la misión del señor general Berindoaga, porque ha sido perfectamente conducida por el negociador. Hemos logrado con este paso sondear el ánimo y el estado de los enemigos. El general Berindoaga hizo muy bien en dar a los enemigos la idea de un nuevo tratado que pudiera serles favorable. Al general Berindoaga, que voy a escribirle muy largamente y que reciba, mientras tanto, las expresiones de mi satisfacción por su excelente comportamiento en la misión que acaba de llenar". ¡Lo engañaron como a un niño! Esa comisión fue la más infame confabulación en que tomaron parte el presidente Torre Tagle, el vicepresidente Aliaga, el ministro de Guerra Berindoaga y su ayudante. Del lado realista representaron bien su papel Canterac y Monet.

Y aconteció lo que nadie en el público ni Bolívar esperaba, en el Callao, la más respectable fortaleza de la América española en el Pacífico. Había sido confiada para su custodia y seguridad a los batallones auxiliares chilenos y argentinos, pues el Vargas, colombiano, que antes lo guardaba había sido retirado por el Libertador, y aunque no consta de manera fehaciente, se sospecha y es de creerse, y es también la opinión de Bolívar, que la sagacidad de los oficiales españoles no descuidaba en medio de ese campo de Agramente formado por los contingentes de sus contrincantes, los medios de dar sobre esa plaza un golpe que proporcionándoles semejante posición militar con la gran cantidad de elementos y equipo que contenía, aparte de las mil cien almas que encerraba, sirviese de estímulo a la defección y gran atractivo para los que andaban olfateando el lado por donde soplabla la fortuna. El batallón 11 de los Andes y el regimiento del Río de la Plata acompañaban dentro de los muros de la fortaleza a dos batallones chilenos de artillería.

El cinco de febrero a las diez de la noche los sargentos argentinos Moyano y Oliva, del Regimiento del Río de la Plata, se sublevaron, redujeron a prisión a los oficiales del cuerpo y al comandante de la plaza que lo era entonces el infortunado general argentino Rudecindo Alvarado. Reclamaban el pago de sus sueldos, atrasados desde hacía meses, por lo que en conferencia con ellos el general Mariano Necochea y el general Correa, convinieron en reunir en el término de 24 horas la suma de cien mil pesos, indispensable para satisfacer sus demandas.

Mas el presidente puso en juego la fuerza de inercia, y la suma no pudo recogerse, por lo que el capitán Correa, hermano del susodicho general, se acercó a Moyano, de quien había sido jefe, para pedirle ampliación del plazo concedido. El rebelde no le dejó exponer su pedido, lo amenazó blandiendo una lanza cerca de su pecho, lo despachó, como suele decirse, con caja destemplada, ordenándole se marchase al punto de su presencia, y “si ahora mismo no lo alanceo es por consideración a que usted ha sido mi capitán”. Al mismo tiempo le exhibía una carta que se ha juzgado falsificada y remitídale por los secuaces de Torre Tagle, en que se intima al capitán del buque en que había de separárseles del país, a él y a Oliva, para que una vez embarcados les prendiese y los entregase a la autoridad del Callao para que los fusilase.

La llama de la rebelión corrió por campo seco y propicio. Los conjurados hicieron horrible saqueo en la población, sacaron de sus prisiones a los españoles detenidos allí, y a uno de ellos, el coronel Casariego, lo hicieron reconocer como primer jefe de la plaza y los

demás oficiales que antes estaban prisioneros ahora en libertad, fueron llamados al servicio activo. Quedaba así cumplida la promesa hecha por Torre Tagle a Canterac desde fines del año anterior, de entregarle la codiciada fortaleza. Casariego ofició a Canterac pidiéndole que mandase con urgencia fuerzas para sostenerse, y el realista impartió órdenes a Rodil, quien despachó en seguida a su jefe de estado mayor Isidro Alaix, que el 17 de febrero embarcó para el sur al general Alvarado y al ahora coronel realista Dámaso Moyano, que formaba la custodia de este general.

El famoso regimiento de Granaderos de los Andes “que había sido el eje de la carrera militar de San Martín” se hallaba en Cañeta atento a los movimientos de los realistas al mando de Rodil en Ica. Cuando Bolívar tuvo conocimiento de los infaustos sucesos del Callao, juzgó con razón que los realistas no tardarían en moverse de la sierra a la costa, invadir a Lima y posesionarse de los elementos acumulados en la ciudad. Dio en consecuencia orden al gobernador militar general Necochea, de trasladar al norte la guarnición de la capital, los Granaderos y todos los efectos que pudieran servir al enemigo. Así intentó hacerlo, pero al llegar al Lurín los dichos Granaderos se sublevaron, acuchillaron las avanzadas patriotas y corrieron al Callao al lado de sus paisanos. Unos 120 según Mitre, que no marchaban con los que traicionaron, se salvaron del padrón de infamia, pues prefirieron ser fieles al honor y a la patria.

Finalmente, la ocupación formal del Callao la efectuó el general Monet el 29 de febrero. “De este triste modo”, agrega Bulnes, “acabó para la independencia americana el ejército de los Andes”.

La alarma del Libertador no es para describirse. Acaso pasó por su mente acusarse en gran parte de la situación creada por este ambiente de deslealtad a la patria. Si cuando al llegar al Perú hubiese aceptado la dictadura que con tanta espontaneidad le ofreció el congreso, estos incidentes vergonzosos no hubieran manchado la historia de ese país ni de la América, y es más que probable que en los cinco meses transcurridos ya habrían sus valerosos colombianos llegado a la meta gloriosa de Ayacucho en vez de las 5 traiciones que enrostra a los peruanos:

*“¡Peruanos! Las circunstancias son horribles para vuestra patria; vosotros lo sabéis; pero no desesperéis de la república. Ella está expirando, pero no ha muerto aún. El ejército de Colombia está todavía intacto y es invencible. Esperamos además diez mil bravos que vienen de la patria de los héroes de Colombia. ¿Queréis más esperanzas?”*

*“¡Peruanos! En cinco meses hemos experimentado cinco traiciones y defecciones, pero os quedan contra millón y medio de enemigos, catorce millones de americanos que os cubrirán con el escudo de sus armas. La justicia también os favorece, y cuando se combate por ella, el cielo no deja de conceder la victoria”.*

¿Qué impidió al Libertador asumir todos los poderes que le ofrecía el congreso? Se consideraba extraño a la república, extranjero en el Perú y un sentimiento de delicadeza y moderación lo retraía de ejercer allí un poder omnímodo sobre todo por el conocimiento en que estaba de la doblez de esos hombres que mientras lo necesitaban y lo invitaban para ganarse la opinión popular, lo denostaban y rechazaban en peroratas, intrigas y libelos.

Mucho más acertado, San Martín en cuanto arribó allí asumió todos los poderes o sea, la dictadura, con el nombre de Protector.

El pensamiento de Bolívar debió haberse abrevado en su experiencia en la guerra del Norte: sin dictadura no hubiera nunca realizado las proezas de esa guerra tremenda, no se hubiera coronado con los laureles definitivos de Boyacá y Carabobo; “la guerra se nutre de la violencia, y no se hace por el amor de Dios”. La distribución de los poderes en diversas comisiones, que cada uno cumple una misión distinta, pero todas concordantes con los fines benéficos del estado, es sin duda alguna un signo inconfundible de democracia; es un ideal de gobierno, que presupone sin embargo, situación normal en la comunidad política a que se aplica. No puede exigirse, ni es posible, dentro de un estado anormal de guerra, que requiere decisiones rápidas, resoluciones inmediatas, unidad estricta entre el pensamiento y la acción, subordinación con frecuencia de los derechos a las necesidades del momento o de la situación actual, sin ajustarse a leyes, códigos ni reglamentos, que por su misma condición son instrumentos de movimiento tardo y efecto no siempre satisfactorio.

Precisamente el régimen constitucional y legal a que Bolívar estaba sujeto en su campaña de Pasto y sur de Colombia fue en cierto modo rémora para el éxito de esas jornadas guerreras. Una de las razones alegadas por Santander para no socorrerlo con tropas y demás elementos, era que no estaba autorizado para ello por las leyes. El más que nadie estaba persuadido de esa verdad al llegar al Perú, pero la campaña nacionalista de que era víctima y el deseo de mostrar hasta dónde llegaba su moderación lo indujeron a no aceptar en sus manos el ofrecido poder omnímodo. Una de las tachas que le encontraban fue la “de extranjero”. ¿Extranjero? “¿Y

cómo no lo fue en Junín y Ayacucho?” exclama el señor L.A. Eguiguron, vocal de la corte suprema de justicia del Perú, en su documentado libro *El proceso de Berindoaga*.

El error de Bolívar acusa una delicadeza exagerada que no han sabido valorar muchos cronistas y contra la cual van quienes lo tratan de egoísta, tirano, dándose el caso de que en la misma república peruana de hoy se llega hasta el extremo de poner oficialmente a la instrucción de la juventud libros como el traducido por un doctor Luis C. Infante, *Historia del Perú*, que debía proscribirse con indignación no sólo por un elemental sentimiento de gratitud sino por gravemente atentatorio de la verdad en relación con el padre y Libertador de la patria. (Véase apéndice No. 1, página 507).

En presencia del desastre, Bolívar, a quien el abismo de infamia que presenciaba no daba siquiera tiempo para convalecer del peligro en que lo puso su grave enfermedad, Bolívar que no esperaba ya más de Chile ni mucho menos de la Argentina; viendo que Méjico así como Guatemala no obstante su buena voluntad, nada hacían, puso su esperanza en la única nación capaz de heroísmo sublime: Colombia. ¡Y el anticolombianismo de los hombres ingratos de la época, propalado como la mala semilla, llevó sus innobles sentimientos hasta hacer más tarde que el historiador peruano Mariano Felipe Paz Soldán ridículamente tildase de ridícula esa confianza que dio autonomía a su patria!

Antes de conocerse el violento estallido del Callao, el mismo día 5 de febrero, el Libertador, observando a dónde llevaba en el Perú la conducta de sus dirigentes, había dirigido al congreso una enérgica nota: *“El ejército nacional necesita todo y el gobierno no lo da; la administración de rentas está entregada al fraude escandaloso; la poca sustancia de la sangre de los peruanos chupada por las sanguijuelas del estado. Este gran desorden, esta anarquía pasiva ha menester un pronto, fuerte y aun terrible remedio.*

*“Autorizado por el congreso constituyente del Perú para salvar a esta república, no puedo sin traición a mi honor y a la América dejar de protestar solemnemente ante los representantes de esta nación contra el actual estado de cosas; ellos corren al escape a entregar el Perú a los españoles, sin que una sola mano los detenga un instante sólo. Mi deber, pues, en un caso tan aflictivo, es decirlo al Perú para que se salve, y a Colombia para que sepa que el enemigo se le acerca.*

*“Tres autoridades supremas manejan la suerte de este estado; ellas son responsables ante Dios y los hombres del mal uso que*

*hagan de su poder; el mío ha cesado desde este día, pues yo renuncio cordial y formalmente, no encontrándome en capacidad de hacer frente a una tempestad iracunda en una nave dirigida por tres pilotos.*

*“Permítame el congreso peruano ofrecerle como el último testimonio de consagración absoluta a su causa un aviso que puede serle saludable; quizás será el más grande servicio que logro hacerle al Perú en medio de las terribles circunstancias que lo rodean; creo que la soberanía nacional debe crear un dictador con facultades ilimitadas, omnipotentes; y que este dictador declare la ley marcial en la república con las modificaciones que en su sabiduría juzgue indispensable. Sólo este dictador puede dar un rayo de esperanza a la salud de la república.*

*“Dígnese V.E. rogar al congreso, de mi parte, que al aceptar la renuncia que hago de la gloriosa confianza que depositó en mí, escoja con benignidad este atrevido dictamen que me arranca del alma el ardiente patriotismo que ha guiado hasta el día todos mis pasos, al ver el destino de la hermosa república del Perú entregado al tumulto de todas las pasiones y de todos los desórdenes que pueden afligir a un cuerpo social”. . .*

Precisamente cuando Bolívar dictaba esta ardiente protesta a su secretario, las fuerzas auxiliares argentinas,—estimuladas directa e indirectamente por la conducta y las tramoyas de esos hombres indignos que regían en el Perú,—estaban ultimando los detalles de la infanda traición de ese día, que no dejó mentir las predicciones del héroe.

¿Intentaba con ella mover al congreso a que le entregara el poder dictatorial que antes había rehusado? ¿Pretendía hacer una amenaza que determinara a los diversos poderes del estado a convertir su inercia en actividad patriótica? O ¿era ciertamente su intención volver la espalda al Perú y esperar al enemigo en suelo colombiano, para darle allí la derrota y el golpe de gracia? Cualquiera de estas tres alternativas es posible. Pero la grave defección del Callao ocurrida a poco de firmar y enviar esa comunicación al congreso, puso en receso las dos últimas, y quedó en pie la necesidad de permanecer por honor en medio y en frente de esos enemigos, los que abundaban en el congreso constituyente y los administradores del poder ejecutivo con el presidente Torre Tagle, el vicepresidente Aliaga y don Juan Berindoaga, vizconde de San Donás, ministro de guerra y marina.

Y aconteció que en cuanto el congreso ya en presencia de la vergonzosa insurrección del Callao, recibió la durísima y acusadora



nota de Bolívar, experimentó, una especie de conmoción nerviosa y movió la cuestión de la entrega de los poderes a una sola mano para que conservase lo que quedaba del naufragio y salvase la república.

¿Quién podía ser ése sino el único caudillo capaz de sacrificarse por la libertad; con energía y actividad suficientes para impulsar la nave del estado; con grandeza bastante para decirle a Torre Tagle que quisiera que el gobierno hiciese sobre él el gasto del odio que provocarían las medidas enérgicas, con tal que se le dejase hacer el resto para libertar al Perú; hombre único que no desesperaba, que confiaba en el éxito, mientras todos o la mayor porción de los peruanos se colocaban del lado realista, que consideraban ganaría irremisiblemente la partida?

La parte resolutive de la moción es del siguiente tenor: “1°—La suprema autoridad política y militar queda concentrada en el Libertador Simón Bolívar.

“2°—La extensión de este poder es tal cual lo exige la salvación de la república;

“3°—Desde que el Libertador se encargue de la autoridad que indican los artículos anteriores, queda suspensa en su ejercicio la del presidente de la república, hasta tanto que se realice el objeto de este decreto, verificado el cual, a juicio del Libertador, reasumirá el presidente el ejercicio de sus atribuciones naturales, sin que el tiempo de esta suspensión sea computado en el período constitucional de su presidencia.

“4°—Quedan sin cumplimiento los artículos de la constitución política, las leyes y los decretos que fueren incompatibles con la salvación de la república.

“5°—Queda el congreso en receso, pudiendo reunirlo el Libertador siempre que lo estimare conveniente para algún caso extraordinario.

“6°—Se recomienda al celo que anima al Libertador por el sostén de los derechos nacionales la convocatoria del primer congreso constitucional, luego que lo permitan las circunstancias, con cuya instalación se disolverá el actual congreso constituyente”.

Torre Tagle no esperaba este golpe. Quedó aturdido y anodado. Demoró la sanción de la ley con pretextos más o menos bien urdidos, pero en el fondo de su alma estaba la esperanza de que Canterac tomase posesión de la capital para tener un sostén y aliado. Finalmente hubo de hacerlo el 17 de febrero.

Y como el diablo en todas partes suele meter la cola, como se dice, y en la mayoría de las ocasiones en forma de mujer, referimos una anécdota contada por el general O'Leary. El marqués de Torre Tagle tenía el concepto de hombre, si ambicioso, generoso; pero hasta en su hogar le persiguió la debilidad, que fue la maldición de su vida pública. Sometido ciegamente a su esposa, era en su casa esclavo y no señor. Como para seguir echando tierra en los ojos a fin de ocultar sus tratos antipatrióticos antes de la vigencia del trascendental decreto, provocó una junta de notables con el fin de arbitrar el modo eficaz de afrontar la emergencia. La marquesa, que, al contrario de su marido, era de ánimo levantisco y dominante, encontró de su derecho y conveniencia asistir a la reunión al lado del marqués. "Que se levante un empréstito para acallar los clamores de la tropa" pronuncia el secretario del Libertador, coronel José Gabriel Pérez. "Y ¿usted con cuánto contribuye?" interrogó la intrusa, "pues si hemos de creer lo que dice la voz pública usted gasta querida y coche". A lo que el aludido no menos descortés, "Señora", replicó, "la voz pública suele equivocarse y aun ser maliciosa; y en prueba de que no debemos darle crédito, basta decir que según los decires, usted comparte sus favores entre el marqués y un oficial subalterno del ejército". El pulcro memorialista censura la oportuna reprimenda y agrega que la indignación que provocó indujo a la marquesa a arrastrar a su marido al crimen de lesa patria de que ambos fueron víctima en el Callao. Que O'Leary se equivoca en este punto opinamos, por cuanto la traición estaba meditada y resuelta desde hacía ya mucho como lo demuestra la misión de Berindoaga y la carta sorprendida por Necochea, de que se hablará más adelante.

Reanudando la relación de los sucesos de esta época de claudicaciones peruanas, Bolívar, ante la inminencia de la toma de la capital por los realistas, ordenó al gobernador, que lo era el argentino general Enrique Martínez, que salvase de la capital cuanto pudiera servir al enemigo, y con las tropas que quedaban a la república se encaminase al Norte. Por su medio ordenó también al vicealmirante Guise comandante de la escuadra chilena, que entrase al puerto del Callao, sacase de allí los buques que pudiese, prendiese fuego a los que no fuese posible llevarse consigo, y se encaminase a recibir sus órdenes personalmente.

Pero las intrigas de Torre Tagle y Berindoaga se interpusieron en el camino de la obediencia de Martínez y esas instrucciones dejaron de cumplirse. Convocaron una junta de guerra que dictaminó que Lima debía defenderse a todo trance, o lo que es lo mismo,

que destinaban los setecientos soldados leales que la custodiaban y cuantos elementos útiles para la guerra guardaba, para el servicio de Fernando VII, absorbidos sin resistencia por las tropas de La Serna. Bolívar, atento a solicitud del congreso, sin vacilar destituye a Martínez que se había atraído el odio general y pone su confianza en el gallardo y valeroso general, argentino también, Mariano Necochea. Y la fatalidad hace que caiga en manos de Necochea una carta de Canterac. No tiene dirección, pero sería exagerado casuismo pretender por este detalle que no era destinada a nadie, o que no era para Torre Tagle o para su ministro de guerra. Dice así:

*“Mi muy estimado amigo:*

*“Con fecha del 15 de este escribí a usted y ahora que he visto la de usted del mismo día que escribió a Rodil nada tengo que añadir, pues ahora que los colombianos están en la provincia de Guamalíes, si con el ejército hiciera un movimiento sobre Lima podrían ellos apoderarse del valle; de consiguiente un poco de paciencia, que pronto tendré fuerzas para acudir a todas partes y llegará el caso de ejecutar el proyecto propuesto por T.T., y sea esto cuando fuere, siempre para nosotros tendrán los amigos de usted el mismo mérito. Vuelvo a repetir lo que en mi anterior, que lo que primero interesaba más era batir a Bolívar, y así dígame usted, qué cuerpos quedan; qué fuerza cada uno y de cada arma, qué han hecho con los que eran de Riva Agüero; dónde se establecerá la división panameña; si piensan hacer otra vez operaciones en la costa del sur; qué plan es el de Bolívar; si vendrá a atacarme; por dónde; o bien si marchamos sobre él, qué piensa hacer. Pregunto a usted todo esto, pues aunque tenemos a más del ejército que manda Valdés en Arequipa, desde el Cuzco al Valle, fuerzas mucho más que suficientes, puede la declaración exacta y detallada de todo lo que pregunto a usted contribuir en extremo a la destrucción del enemigo común, del monstruo Bolívar, y es este el primer objeto. Estoy bien persuadido que esto no habrá escapado de las grandes luces de los amigos de usted, y así no dudo que concurrirán a la ejecución de este plan, que se conseguirá sin duda sabiendo de fijo lo que quiere hacer Bolívar, el que con pretexto de la defensa de Lima no debe dársele ni los granadinos montados ni los húsares, y sí bien que se hará una dispersión por Ica y Huancabélica, y que él marche de frente por el valle de Jauja. En fin, si esos señores quieren el bien de su país, trabajen en consecuencia bien seguros que todos nosotros estamos animados sólo del mismo interés y particularmente su verdadera amigo, q.s.m.b.*

JOSE DE CANTERAC

Necochea y Tomás Guido no podían convencerse de que hombres de la elevada alcurnia del presidente y el ministro de guerra fuesen capaces de la felonía que denunciaba esta misiva, creyeron que era un ardid realista y la transmitieron al Libertador. ¡Qué se presente ante la ley a los cómplices! rugió colérico el Libertador. Necochea entendió que se le ordenaba someterlos a los jueces, y dio a Torre Tagle todos los elementos y facilidades necesarias para que se presentase en Pativilca y se sincerase ante el dictador.

¿Qué hizo el menguado gran señor? Escondiéndose confirmó su culpabilidad y escondido permaneció hasta que las divisiones realistas se hicieron cargo de Lima y el Callao. Cuando Monet y Rodil movieron esas divisiones y las asentaron en sus objetivos, Torre Tagle se quitó la careta que malamente había puesto sobre su rostro. El 14 de marzo dijo en un manifiesto: “El tirano Bolívar y sus indecentes satélites han querido esclavizar al Perú y hacer este opulento territorio súbdito del de Colombia. Bolívar es el mayor monstruo que ha existido sobre la tierra. Es enemigo de todo hombre honrado”.

Más tarde, el 16 de marzo, ha de pintar Bolívar con pincel maestro la situación material y moral, a Santander, a quien o bien la aberración constitucional extemporánea o la escasez de recursos o los celos politiqueros o todas estas causas en amalgama diabólica mantenían remolón e inactivo para escuchar las urgentes demandas del Libertador. Unas pocas citas bastan para darse una cuenta de la situación:

*“Incluyo a usted una proclama de Torre Tagle y esas gacetas para que se divierta un poco. Yo mismo estoy sorprendido del inmenso abismo que nos rodea. Digo, yo mismo, porque soy el más veterano en la carrera de los peligros de la revolución y de la anarquía. Aseguro a usted que estamos en el Perú poco menos que en los infiernos. Solamente confío en el ejército de Colombia y en que he de recibir auxilios de ocho mil o diez mil colombianos para poder asegurar el triunfo de nuestras armas. Sin este ejército cuento usted con los más grandes desastres de Colombia. Repito que cuento con los refuerzos que he pedido pues no me puedo persuadir de que usted sacrifique a Colombia por falta de estos refuerzos . . .*

*“El Perú está dividido en tres partidos: primero, patriotas anticolombianos; segundo, godos españoles; y tercero, godos de Torre Tagle y Riva Agüero. El resto de la masa inerme del pueblo no tiene sentimiento alguno. De suerte que aquí no hay más que*

*dos cosas positivas: el ejército de Colombia por la patria, y todo lo demás contra ella: todo lo demás es insignificante, nulo, nada en fin.*

*“El congreso del Perú ha mostrado patriotismo hasta el fin, pero la mayor parte de sus miembros se han quedado con los enemigos. Lo mismo puedo decir de las autoridades constituídas, con excepción de Torre Tagle y su infame traición, que se han vuelto godos de repente, por desconfianza de la causa, y por no perder sus bienes en Lima por la entrada de los españoles en Lima. La causa de todo es que estos hombres ven su país aniquilado, sin el menor triunfo, no pueden concebir que pueda vencer con tan escasos medios como los que tengo. Muchos han pensado que los abandonaré sin combatir, o que los enemigos internos lo han hecho así correr.*

*“La concurrencia contra nosotros de los partidos opuestos entre sí de Riva Agüero y Torre Tagle, es un fenómeno que debe aparecer a los ojos del mundo como muy desfavorable a nuestra conducta en el Perú. Sin embargo, nuestra conducta ha sido un modelo de generosidad y moderación en este país. Todo lo que dice Torre Tagle es una insigne calumnia: todo falso absolutamente: jamás la mentira ha hecho una creación más gratuita . . .*

*“Nos han rogado hasta por Dios que vengamos; nos han dejado morir de hambre y hemos sufrido con impasibilidad; nos han calumniado, y hemos perdonado a todo el mundo sus calumnias. Nuestras tropas han tenido una moderación sin ejemplo; nuestra disciplina es rigurosa; los enemigos tiemblan de nosotros, y nuestros soldados parecen ovejas. Yo he usado de la autoridad que me confió el congreso por dejar independiente el gobierno del Perú. Ahora estoy hecho cargo del mando después que todo se ha perdido, por salvar las reliquias del Perú y evitar a Colombia una invasión; este sacrificio es más grande que todo lo que he hecho en mi vida”.*

La patética exposición, los urgentes pedidos de hombres son prédica en desierto; de los treinta y siete hombres que sumaban sus peticiones desde 1823, sólo había recibido dos mil quinientos. Una vez más su genio triunfó de la fortuna. “El tiempo de hacer milagros ha llegado” exclamó.

De nada valió a Torre Tagle su acción abominable. Encerrado en el Callao con su familia, lanzando a los vientos en los papeles públicos insultos y calumnias contra los hombres que no buscaban otra cosa que formar un Perú, una América autónoma, lo sorpren-

dió el rayo de Ayacucho, más enceguedor por su benignidad que por su refulgencia, y allí le cupo suerte desastrada con su familia, llamado por Dios a darle cuenta de sus infamias: así se hurtó al cadalso de la justicia humana que en 1826 les cupo a sus cómplices Juan Berindoaga, vizconde de San Donás, y José Terón. Pasó aquél y pasaron estos; la gloria a que aspiraban entre riquezas, comodidades, bienestar material, quedó convertida en un borrón que enloda las páginas de la historia de la patria. Bolívar a la postre, Bolívar cuya vida es el más acabado paradigma de desprendimiento y abnegación, pasó también de este mundo pero "su gloria crece con los siglos como crecen las sombras cuando el sol declina".

Entre las medidas dictadas por el Libertador en el grave aprieto en que los acontecimientos habían colocado a la defensa de América, era necesario dar atención al puerto del Callao y las naves allí estacionadas. Había que impedir ese aporte de fuerzas al enemigo, después que San Martín y la escuadra del almirante Cochrane había limpiado de realistas y desembarazado todo el litoral pacífico. La situación del mar iba a cambiar ahora necesariamente. Mientras tanto había que retardar ese dominio del Océano Pacífico hasta donde fuese posible.

El vicealmirante Guise era a la sazón el jefe de la escuadra Chilena. ¡Sacar del puerto todos los buques surtos en él, y los que no puedan ser sacados, inutilizarlos, incendiarlos! Guise delegó para la operación al comandante de la fragata *Protector*, Robert Bisset Addison, quien ejecutó la orden gallardamente prendiendo fuego a la fragata *Guayas* y la goleta *Santa Rosa*; sustrajo del puerto cuatro embarcaciones mercantes y obligó a separarse de él a los neutrales.

Con Torre Tagle se habían pasado al enemigo el vicepresidente Aliaga y el ministro Berindoaga: fue poderoso estímulo para los que vacilaban y se vio abandonar la causa de la libertad y desdecir de antiguos servicios al general Portocarrero, jefe de estado mayor, con 387 jefes y oficiales; al presidente del congreso con gran número de diputados; a los empleados civiles, magistrados judiciales, funcionarios de hacienda, y los regimientos de Lanceros de la Guardia y Lanceros peruanos, con sus respectivos comandantes Novajas y Ezeta.

Cuando Monet ocupó a Lima el 29 de febrero, fue recibido en triunfo por el pueblo con regocijo y manifestaciones sólo igualados por la recepción tributada al Libertador cuando arribó allí de Colombia.

# Capítulo XV

1824

## PREPARATIVOS PARA LA CAMPAÑA DE LA SIERRA

### R E S U M E N

*El "tiempo de hacer milagros" — La república reducida al terreno que pisaban Bolívar y sus tropas — La emulación de los políticos colombianos — El pretexto de una invasión de Francia — La nota irrespetuosa de Briceño Méndez — Carta de Bolívar del 6 de mayo — Ponderosa tarea de Bolívar en la costa y de Sucre en la Sierra — Obtención de paños, pañetas, hierro, lanzas, plomo, fabricación de herraduras y cantimploras — Nivelación del presupuesto, contribuciones — Aduana flotante — La rebelión de Olañeta evita la ofensiva realista — El "astro instigador del Perú" — Situación semindependiente del Alto Perú — Olañeta desconoce la autoridad de La Serna — Distracción de fuerzas — Rendición del general La Hera a Olañeta en Potosí — Las tropas de Maroto se pasan al rebelde — Olañeta se aprovecha del decreto de cesantía del monarca — Combates de Tarabuquillo, Salo y La Lava — Ignorancia de todos los detalles por los republicanos — Ejemplo de la minuciosidad de Bolívar en la tarea de organización — Bolívar convierte la defensiva en ofensiva — Euforia del Libertador — Censuras a la conducta de los realistas — Justificación de esta conducta — El verdadero error de La Serna — Conceptos de émulos y desagradecidos — Conceptos de Valdés y Canterac sobre Bolívar — Comparación de los conceptos de esos realistas con los de los republicanos redimidos por el Libertador — Camino algo semejante a los de las campañas de 1812, 1813 y 1816 — La expedición marchaba provista de todo — Breve idea de las rutas seguidas por la expedición — Los cuerpos y sus jefes.*

"EL TIEMPO DE HACER MILAGROS HA LLEGADO" escribe Bolívar a La Mar. Y ¿todo el tiempo transcurrido desde 1810? Han pasado en torno de la vida del Libertador horas terribles en que ha debido hacer milagros para crear de la nada ejércitos y adiestrarlos para libertar a Venezuela, liberar a Nueva Granada, fundar a Colombia, someter a Pasto y Quito, arrancar a Guayaquil

de las garras de la codicia, trasplantarse con su ejército al campo impropicio del Perú y desbaratar la traición del pérfido Riva Agüero que lo usó como un señuelo para atraerse la opinión, que le era adversa, a reserva de conspirar luego con el enemigo peninsular e invitarlo para expulsarlo ignominiosamente de la tierra que estaba resuelto a salvar. Nosotros miramos todas estas cosas como perfectamente normales dentro de la prodigiosa anormalidad de esa vida única en el mundo.

La sublevación de las tropas argentinas y peruanas había constituido la fase final de un complejo proceso que arrancaba de atrás. Era una mezcla de añoranza del pasado colonial en que todo era tranquilidad, abundancia de medios de vida, seguridad para las riquezas, promesa de adelantamientos en los empleos y dignidades de los hombres más o menos sobresalientes, goces del vivir en una paz octaviana. A la señal de esa magna defección de militares y señores de aristocracia y pueblo llano la república quedó reducida al terreno que pisaban en el Norte Bolívar y sus escasas tropas. En términos generales, todo estaba perdido, menos, eso sí, el espíritu vivificante del Libertador. El resto, sin fe, sin confianza en el futuro, se desbandó por el despeñadero de la defección, y los que empuñaban un fusil ayer por la república se batieron luego en los campos de batalla contra Bolívar y los demás campeones de la libertad.

A los contratiempos experimentados por Bolívar en el Perú se sumaban los provenientes de la estrechez de miras y no vacilamos en decirlo, de la celosa emulación de los políticos de Bogotá con Santander a la cabeza. ¿Podía ocurrirse a cualquier cabeza bien organizada que el Libertador debía dejar de mano la campaña, entregar el Perú a su suerte y dejar atrás el empeño de libertarlo? No es creíble que estadistas de la talla de Santander ignorasen que la suerte de la república estaba asegurada dejando en el sur el ejército realista poderoso por el número y calidad de sus soldados y por la incontestable competencia, valor y fidelidad de sus jefes, cuyas cualidades estaban acrecentadas y robustecidas por victorias recientes y pasadas sobre sus inhábiles y desmoralizados oponentes.

Esta reflexión lleva a pensar en causas radicadas en la pequeñez de las pasiones que iban tomando cuerpo, para explicar la apatía en el socorro del Libertador con los recursos que desesperadamente solicitaba, cohonestada en ocasiones con especies fútiles. Entre estas, el temor de una preconizada invasión francesa desechado desde luego por Bolívar con razones de peso basadas en la actitud de Inglaterra, que resueltamente se opondría a cualquier intentona semejante, opinión que pronto se vio realizada por las



declaraciones de los agentes confidenciales acreditados por la corte de Saint James en Bogotá. A favor de esta opinión militaba también el célebre mensaje al congreso del presidente de los Estados Unidos fechado el 2 de diciembre de 1823.

Pero lo más elocuente para hacer pensar en motivos inconfesables de esta apatía y abandono de Bolívar en su campaña del Perú lo constituye la nota del 26 de abril de 1824 sorprendentemente firmada por Pedro Briceño Méndez, ministro de guerra, carta descortés irrespetuosa y ofensiva. Colombia no tiene obligaciones con el Perú, porque las únicas que contrajo, de auxiliarlo con 4,000 hombres, han sido cumplidas por el mismo Libertador: tal es el tenor de una de sus declaraciones.

Bolívar, pues, tenía que bastarse a sí mismo. No podía abandonar la empresa sin mengua de su gloria, sin la pérdida del Perú, sin reeditar la guerra que costó a Colombia doce años de sangre, lágrimas y destrucción. Su desistimiento habría sido un delito militar de extrema gravedad, habría sido el abandono de su puesto frente al enemigo; se habría hecho reo del cadalso.

El 6 de mayo había contestado a una carta de Santander de tres meses atrás. Le dice entre otras cosas: *“Yo bien veo que la situación política de Colombia lo pone a usted en perplejidad, porque no sabía el verdadero estado intencional de los europeos. Yo, que tengo la desgracia de saber con anticipación lo que verdaderamente debe querer cada uno, me desespero más que otro. También me mortifico más que nadie, porque estoy sufriendo a cuerpo gentil toda la intemperie de una tempestad deshecha. Si usted se viese rodeado de traidores y de enemigos, de celos y de rabias, de conspiraciones atroces contra el estado y contra su persona, no tendría la calma de dudar si debe o no mandar refuerzos al Perú.*

*“Es inútil pintar tempestades en medio de la calma; por más que Homero revienta su pecho cantando los furios de Aquiles todo lector se queda tan pacífico como estaba antes. Così va il mondo”.*

Y después de aludir a que nada ha recibido de Chile ni espera de Buenos Aires que “se parece a Tersites que no sabe más que enredar, maldecir e insultar”, se refiere de nuevo al Perú:

*“La escuadra del Perú está de muy mala fe: no puedo contar con ella para nada. Los jefes de los puestos avanzados se han pasado al enemigo con sus cuerpos y guerrillas a ejemplo de todo el gobierno y de la mayor parte del congreso. Quince o veinte individuos empleados en el Perú están con nosotros; todos los de-*

*más se han quedado con el enemigo . . . ¡Qué hombres! ¡Qué sucesos los del Perú! Se ha necesitado toda mi veteranía para no haber replegado al tremendo choque de estos hombres y de estas cosas. Yo mismo estoy asombrado de mi imperturbabilidad, pero gracias a mis lecciones colombianas que me han enseñado bien mi oficio”.*

El hecho es que Bolívar estaba convencido de que las fuerzas del virrey marcharían en breve plazo a descargar sobre sus pocos contingentes todo su peso preponderante. Estaba desde luego colocado a la defensiva. Su tarea era la de casi siempre: crear de la nada, porque casi todo lo había perdido; ya en la campaña contra Riva Agüero, ya con la defección del Callao y los hombres del gobierno. Era preciso sustituir los hombres enfermos por las penosas marchas de la cordillera, los desertores de la causa, y reponer el equipo perdido con éstos o inutilizado en aquéllas. Su tarea era ingente; pero el Libertador en Trujillo y Sucre en la sierra eran dos titanes a quienes no arredraba la amenaza que se cernía sobre el bien desmedrado ejército. A este respecto consigna Lecuna:

*“Bolívar y Sucre, en prosecución de su obra gigantesca, lo aumentaron y reorganizaron en cuatro meses de intenso trabajo en las provincias del norte del Perú, proporcionándole cuanto podía necesitar, gracias al concurso de las industrias manuales de los peruanos y de los colombianos del Sur. Al mismo tiempo desarrollaron al máximo las virtudes guerreras de los reemplazos para igualarlos a los veteranos, y todavía entrenaron todo el ejército haciéndolo subir y bajar los cerros para acostumbrarlo, como decía Bolívar, al soroche, a las punas y a saltar por encima de las peñas como los guanacos en cuyo país iba a hacer la guerra. Esta fue una obra admirable de administración, de disciplina, de educación y de moral militar, que no han apreciado los narradores de la liberación del Perú. Cuando el ejército partió de Huaraz a emprender la campaña era una máquina de guerra perfecta. La disciplina, la indumentaria, la manutención, la moral, no dejaban nada que desear”.*

La relación detallada de los trabajos para equipar, vestir, adiestrar, acostumbrar al ambiente físico a los soldados, es una revelación de capacidad, de eficiencia, talento, acierto, éxito, ingenio y paciencia en Bolívar y Sucre. Ellos mismos solían tomar parte en las labores de confección de telas y teñirlas. Los soldados, casi desnudos después de la ardua campaña de 1823, se vieron pronto vestidos y abrigados con paños adecuados, y poseedores hasta de uniforme de parada. Con su autoridad de presidente de Colombia con facultades extraordinarios en el Sur, pudo el Libertador ordenar a Guayaquil la construcción de lanzas llaneras y pedirles suelas,

pólvora, plomo, hierro, fusiles, vestuarios y capotes. Paños fabricaban las provincias de Huamachuco, Conchucos y Cajamarca. “En marzo se encargaron a estas provincias 8,000 varas. Los conchucos alto y bajo podían dar en cuatro meses 30,000 varas de pañetas, costeando el ejército las lanas y el añil. En enero se contrataron 15,000 varas”. Todas las necesidades de la tropa se ven suplidas bajo la exigencia de los dos grandes caudillos. Cantimploras, clavos y suelas suministraba Trujillo; plomo, las minas de Huamachuco; bayetas de lana de diversos colores, espuelas, morriones, Huarás; herraduras, clavos, sillas y correas el callejón de Huailas. Agréguese la recluta de hombres, la adquisición de caballerías y el cuidado del herraje. Véase Lecuna: *Documentos inéditos para la Campaña del Perú y Crónica razonada de las guerras de Bolívar*.

Pero no obstante la estricta economía, las rentas no alcanzaban sino apenas para cubrir la mitad de los gastos que demandaba esta labor. Pues . . . “¡la guerra se nutre de la violencia y no se hace por el amor de Dios!” Para completar el presupuesto de gastos: contribuciones a las municipalidades, a los propietarios ricos, al clero; embargo de las rentas de curatos vacantes; la plata labrada y el oro de las iglesias; la venta de las haciendas del gobierno. Había además una especie de aduana flotante en la disposición impartida al vicealmirante Guise de dejar entrar al Callao a los neutrales mediante el pago de ciertos derechos, destinados al servicio de la pequeña armada: energía desconocida antes de Bolívar en las filas patriotas, aunque dolía y aumentaba el desamor a la causa.

Durante esta extraordinaria obra de organización y antes de la caída del Callao y Lima en manos de Monct ocurrían sucesos de gran trascendencia en las filas enemigas. De haberlas habido puntualmente, se habría aliviado en gran medida la preocupación de Bolívar, y Sucre habría decidido fácilmente a su jefe a tomar más temprano la ofensiva que le aconsejaba, pero que demoraba aquél por prudencia, manteniéndose a la defensiva en espera de refuerzos que no llegaban.

Nos referimos a la rebelión de Olañeta contra la autoridad de La Serna. Ya desde diciembre de 1823 estaba detenida la ofensiva enemiga contra Bolívar por lo que éste consideró el sino de la tierra peruana cuando escribió al vicepresidente de Colombia (6 de mayo): “*nuestros negocios dan tregua en el Sur, pues los españoles también participan de la influencia del astro intrigador del Perú. Los Pizarros y Almagros pelearon; peleó La Serna con Pezuela; peleó Riva Agüero con el congreso; Torre Tagle con Riva Agüero, y con su patria Torre Tagle; ahora, pues, Olañeta está peleando con*

*La Serna, y, por lo mismo, hemos tenido tiempo de rehacernos y de plantarnos en la palestra armados de los pies a la cabeza*”; y convertidos por nuestra industria y dirección en una perfecta y formidable máquina de guerra, podría haber agregado.

Y le faltó también haber señalado en su carta la pelea, la inquina contra los que estaban sacrificándose por dar al país vida autónoma, contra los soldados colombianos y él mismo, que les sirvió de cabeza para formar la actitud anticolombiana y antiboliviana que ha sobrevivido a las pasiones que le dieron origen, y pretendido convertirse en escuela histórica que enaltece a San Martín para contraponerlo a Bolívar y deprimirlo, según las palabras de Gonzalo Bulnes.

El caso fue que el alto Perú con sus débiles nexos geográficos con el bajo Perú, parecía haberse creado para constituir un dominio aparte, separado. La expedición argentino chilena del general San Martín contribuyó sin que él lo intentase, a robustecer la situación semi-independiente del Alto Perú, porque las fuerzas realistas que lo vigilaban atentas a impedir la irrupción argentina del Bajo Perú por aquel territorio se vieron en la necesidad y conveniencia de retirarse hacia el Poniente, dado que la amenaza se había desplazado a nuevos caminos: había que hacer frente a la memorable expedición libertadora del Capitán de los Andes.

Y el general Pedro Antonio de Olañeta, jefe de las fuerzas del Alto Perú, que había prestado importantes servicios a la causa real, que en la campaña de Alvarado en intermedios dio cuenta en Iquique de los restos del ejército patriota y derrotó al general José Miguel Lanza en Cochabamba, sintiéndose absoluto en su ínsula del Alto Perú se dejó seducir por el demonio de la ambición y se proclamó árbitro y señor de ella, desconoció su subordinación de La Serna y preconizó el régimen absolutista de Fernando VII. Era esto último una repercusión anticipada de los acontecimientos que dieron por resultado en la península la abrogación del régimen constitucional y triunfo del despotismo fernandino. Desde diciembre de 1823 había estallado esta sedición de Olañeta; que de conocerla a tiempo, la ofensiva patriota se habría adelantado cinco o seis meses en las ventajosas circunstancias que el súbito estallido del caso proporcionaba.

La sedición de Olañeta distrajo para contrarrestarla, como era natural, fuerza que La Serna podía haber empleado contra la republicana y aplastándola en su ardua fase de reorganización después de la campaña contra Riva Agüero.

La Serna tuvo que procurar con urgencia someter al sedicioso, aunque en vano, porque éste puso en juego primero la más consumada astucia para ganarse a los soldados, como ocurrió en Potosí dejando a los jefes leales de ellos en la más absoluta ignorancia de sus intrigas, de suerte que cuando éstos quisieron trasladar el cuerpo al sitio señalado por el virrey, la mayor parte de la tropa rehusó seguirlos, para agregarse al rebelde; y el jefe de la plaza, general La Hera, se atrincheró con los restantes en la Casa de Moneda. Allí fue el primer encuentro de armas; Olañeta los atacó y obligó a rendirse.

Si antes había usado de argucias para disimular su sublevación, de entonces en adelante obró ya con franqueza. Marchó a Chuquisaca donde gobernaba el general Maroto. Todo fue presentarse y pasársele la tropa, subrepticamente ganada también.

Cada vez el rebelde se envalentonaba más. Uno de sus próximos pasos fue declarar ilegítima la autoridad del virrey, por cuanto Fernando VII, al asumir el poder absoluto, había torpemente decretado nulos todos los actos oficiales ejecutados durante la vigencia de la pisoteada constitución. En consecuencia, Olañeta se ungió a sí mismo, a falta de autoridad real legítima, capitán general de las provincias del Río de la Plata.

La suerte estaba echada. Entre los adeptos del rebelde había un valiente coronel Valdés, alias el Barbarucho, segundo del coronel Maquiccuí que mandaba en Chuquisaca. Contra éste marchó el general Jerónimo Valdés. El Barbarucho y su homónimo trabaron en Tarabuquillo una sangrienta lucha que se decidió en contra del disidente. Una victoria obtuvieron los rebeldes en Salo y una seria derrota después en la Lava. Pero el vuelco de la fortuna que sufrieron las fuerzas realistas en Junín forzó al virrey a desistir de someter a Olañeta, quien quedó árbitro del Alto Perú, que constituía desde algún tiempo hasta ahora la meta de sus ambiciones.

En el campo republicano no se tuvo noticia auténtica de los acaecimientos del Alto Perú sino a mediados de abril, y tan vagas y contradictorias eran, que no permitían a la prudencia de los jefes patriotas fijar en coordinación con ellas una línea de conducta definitiva.

Después del golpe del Callao, ya bastante repuesto el Libertador de su grave crisis de Pativilca, hizo como se ha visto, la concentración de sus fuerzas en el Norte. Bolívar emprendió la minuciosa tarea de organización mencionada, poniendo su contingente personal en cuanto detalle se presentaba. De la correspondencia existen-

te se pueden sacar ejemplos admirables. Interveníá hasta en la técnica de la fabricación de los clavos para las herraduras de los caballos; era maestro hasta para indicar a sus subalternos las dimensiones de los clavos y el espesor de las cabezas según el tipo de herradura.

Bolívar se hallaba en Trujillo y Sucre en Huánuco, secundado el primero por Sánchez Carrión como ministro universal en lo civil y Heres en lo militar, extendido el campo de acción del segundo hasta Cajatambo. Desde luego puede observarse que esta concentración obedecía a la actitud defensiva a que obligaba al ejército republicano la creencia más que fundada de que el realista no tardaría en atacarlo con todas sus fuerzas.

Pero en conocimiento de la sublevación de Olañeta, deduciendo de ella que el poderío militar de La Serna estaba bastante menguado por esa discordia armada, el republicano cambió su táctica y se convirtió rápidamente a la ofensiva.

Si con sus 16,000 hombres que tenían fuera de los 4,000 apostados en guarniciones, hubieran los realistas caído sobre los efectivos de Bolívar, en actitud defensiva, que no pasaban de 8,700 hombres, los hubieran desbaratado literalmente; pero el orgullo realista, que no dejaba comprender la capacidad y dinamismo de su adversario, permitió al Libertador el tiempo suficiente para robustecerse en todo sentido y ponerse material y moralmente en condiciones de iniciar el tremendo choque que sobrevino.

Para el mes de junio (1824) la euforia de Bolívar se agrandaba sin límites; ya estaba cabalmente informado de la disidencia de Olañeta y la situación en que había puesto a las tropas del rey. Se sentía, según sus propias palabras, "animado del demonio de la guerra y en tren de acabar la lucha de un modo o de otro". Parecía, también según sus palabras, que el genio de la América y el destino propio de él se le habían metido en la cabeza. Todo, dice, todo iba saliendo a medida de sus deseos.

En todo esto había metido la mano "el Dios de Colombia". No estamos inclinados a censurar con dureza, como lo hacen casi todos los historiadores, la determinación del ejército de Canterac, en decidirse en la emergencia que duró desde diciembre de 1823 hasta junio de 1824, por la idea de someter a Olañeta antes que marchar sobre Bolívar y pulverizarlo. Bolívar estaba entonces reducido a la más precaria situación; y sus fuerzas, notablemente diezmadas por la campaña contra Riva Agüero. Uno de esos sus movimientos geniales fue lo que le valió al interponerse entre el rebelde

y Loriga, anular a éste, llamado al campamento enemigo por aquél para que lo ayudase a expulsar del país al jefe republicano y sus tropas, reduciendo a la nada su campaña, su gloria y aún su vida. La inferioridad del Libertador era manifiesta en cuando al número de sus tropas y por la repulsa peruana de sus auxiliares colombianos. Agréguese a esto el incidente vergonzoso de las traiciones del Callao y de Lima, capaz de desmoralizar el ánimo mejor templado. No tiene pues nada de sorprendente que La Serna despreciase a Bolívar, el enemigo que exhibía tan ineficaz potencia material, para someter a Olañeta que se presentaba dentro de sus propias filas esgrimiendo las armas de la lealtad al monarca que acababa de empuñar las riendas del poder absoluto contra vasallos de probada filiación liberal, a quienes, por lo mismo, tildaba de deslealtad a la corona, en una provincia rica en recursos de todo género que a Canterac se le sustraían, así como se le privaba de 4,000 unidades del ejército que estaban bajo las órdenes inmediatas del referido Olañeta.

Pero en lo que sí erraban la Serna y Canterac y sus otros oficiales era en no considerar que el número de unidades no es todo en una campaña guerrera, y no tomaban en cuenta las capacidades del hombre que se les enfrentaba: su talento, su genio, su habilidad combatiente adquirida en doce años de continuo ejercicio bélico, su dinamismo incansable, su gran capacidad y eficiencia organizadora, su energía para infundir y conservar la disciplina, sus dotes personales que hacía correr el entusiasmo por los individuos y las filas como por un filamento eléctrico: las condiciones morales de Bolívar que no igualó jamás guerrero americano.

Desde Cochabamba decía el general Jerónimo Valdés a Canterac: "Dado el caso que Bolívar se adelantase más acá de Cerro de Pasco o intentase un ataque contra el ejército del mando de V.E. y que éste por sí solo no fuese bastante a contrarrestarle ¿qué perderíamos en adelantar el valle momentáneamente? ¡Ojalá Bolívar intentase dicho movimiento!" Y Canterac: "yo no puedo encontrar que sea tan sobresaliente Bolívar, en cambio es grande su ferocidad. Como militar nada ha hecho jamás más que en Quito, y sobre Cartagena, sitiador, capituló y entregó el ejército a los sitiados, primer ejemplo que ofrece la historia; opinión, que es la piedra de toque no tiene ninguna; las tropas que fueron del Perú le tienen desde el primer jefe hasta el último soldado un odio mortal, y sus tropas por bisoñas y otras causas, son poco a propósito para moverse y batirse, por lo que no juzgo posible que busque a usted".

Poco después, pues ya estaban en vísperas de Junín, había de caer la venda espesa de los ojos de Canterac, cegado además por el orgullo nacional. Pero no es de extrañar que el desconocimiento de la ardua tarea en que Bolívar entrenó a sus soldados y los aclimató para actuar en un medio tan distinto de sus lugares de origen en Colombia, es decir, la fría y alta sierra peruana con alturas cercanas a los 5,000 metros; que el sentimiento patrio y la genial soberbia española acrecentada por los largos años de triunfos ininterrumpidos sobre los peruanos, extraviase de manera tan lamentable el criterio de hombres tan inteligentes y distinguidos como eran los jefes del ejército realista; mas sí lo es, y mucho, que después de conocidos tan puntualmente los sucesos y apreciados los resultados incontrovertibles de la gesta del Libertador, se encuentren en América del Sur historias nacionalistas que le niegan sus condiciones de conductor y educador de guerreros, sus habilidades de general y estratega.

Y vamos derecho a la sierra peruana. Las tropas estaban en tan corto tiempo de ejercicio y entrenamiento, como ya se ha dicho, transformadas en una máquina guerrera. En parte está uno inclinado a explicarse benignamente el menosprecio que merecía a La Serna y sus tenientes la eficiencia de tropas reconocidamente bisoñas y otras que, si veteranas y experimentadas en multitud de combates y batallas, tenían que habérselas ahora con un medio distinto con novísimas clases de dificultades: alturas de más de 4,000 metros en un frío de varios grados bajo cero, regiones inhóspitas por falta de abrigo y provisiones de boca. Ya hemos visto el cuidado con que Bolívar preparaba las tropas contra las alturas, el cansancio y el soroche. Resta señalar que Sucre había en persona efectuado reconocimiento de la Cordillera Blanca y señalado los lugares más a propósito para instalar de trecho en trecho, como lo hizo, sitios de abastecimiento y refugios para su gente, socavones de minas donde acumular provisiones de maíz, sal, carne, aguardiente y combustible.

Bolívar seguía poseído del “demonio de la guerra”. Para él no era extraña en cierto modo la naturaleza que empezó a transitar en esos días de julio. Ya en los años de 1812, 1813 y 1816 había andado, en los memorables días de la campaña del Magdalena a Cúcuta, la Campaña Admirable y el formidable movimiento de 1819, que lo puso en posesión de la Nueva Granada, escenario en algo semejante al que tenía ahora que domar y vencer; sólo que entonces no le era tan mezquina la naturaleza y aun sin preparación previa siempre hallaba recursos para su gente, excepto en la



marcha de los anegados llanos hasta los Andes granadinos. Ahora, siempre sin ayuda de gobierno alguno sino con su propia industria y la de su ínclito lugarteniente Sucre, todo lo tenía calculado hasta donde era posible.

Ya hemos visto cómo Sucre suplió al yermo, la desolación y la carencia de recursos, y a la inclemencia de temperaturas inferiores a cero, construyendo de trecho en trecho barracas para los hombres, establos para las bestias, depósitos para granos y carnes, proveyendo combustible para pasar las noches, y medios para preparar los alimentos.

Ahora la expedición iba provista de mantas para los hombres y cobijas para las bestias convenientemente herradas, y galpones donde se almacenaban los forrajes. Ahora el equipo y armas nada dejaban que desear, incluyendo las tremendas lanzas a estilo llanero que ya pronto habían de proclamar de nuevo su eficacia.

Así podían arrastrar hasta cierto punto las necesidades materiales; pero las penas del camino, sólo podían soportarse por la disciplina y el ánimo de pelear y sacrificarse.

Miller ha dejado páginas gráficas y bellas que dan idea cabal de los caminos y el aterrador panorama que se presentaba ante los pies y los ojos de esos héroes. Los senderos tan estrechos que sólo podían transitarse de uno en uno cabalgando los caballeros en mulas y con sus caballos del diestro, donde hay que confiarse a la bestia sin dirigirla; contrastes de altísimas montañas con valles profundos en cuya sima se divisa un río con apariencia de un hilo delgado de agua; aquí y allí un valle que sirve de estribo a una elevada montaña. El soroche, esa angustia que en las alturas causa el enrarecimiento del aire, era un azote para estos valientes, la mayor parte venidos de climas tan distintos.

La estrechez de esos senderos llamados caminos, labrados por el tránsito en el transcurso de los años, imponía a la vista una interminable fila de hombres, aumentada además con el contingente de indios conductores de provisiones y forrajes, y por una cantidad muy considerable de reses para las raciones de los soldados. Como el extravío en el verdadero dédalo que forman los caminos, si así pueden llamarse, era algo de lamentarse profundamente porque implicaba la pérdida de los hombres para el ejército, Sucre había llevado su previsión hasta el punto de apostar de trecho en trecho cornetas que señalasen la dirección.

Y así fueron desplazándose las columnas libertadoras desde mediados de junio de 1824.

No contiene la *Ilíada* de Homero páginas de contenido más épico que las que iba escribiendo paso a paso esta expedición. Las distintas naciones de América hispana lucían en ella a sus mejores representantes y dando a esta guerra el sello de lucha universal por la libertad, no faltaban guerreros representantes de naciones del viejo continente: el inglés Miller, el irlandés O'Connor, el francés Bruix, el alemán Braun . . .

Bajo la comandancia en jefe del general Antonio José de Sucre se adelantaban la vanguardia con su comandante el joven general José María Córdova, formada por los batallones colombianos de infantería veteranos de cien combates: Caracas, Pichincha, Voltígeros y Bogotá; y su caballería, compuesta del escuadrón de Húsares del Perú y el escuadrón de Granaderos de los Andes constituidos por los que se salvaron de la traición del Callao. El centro, su comandante José de la Mar, constituido por la legión Peruana, y los batallones N° 1°, N° 2° y N° 3° de la Guaira; su caballería; primer regimiento de caballería del Perú, la artillería Volante. La retaguardia, comandante general Jacinto Lara, compuesta de los tres batallones de infantería de Colombia, Rifles, Vencedor en Boyacá y Vargas; y su caballería; tres escuadrones de Húsares de Colombia y partidas sueltas al mando del general Correa.

Llevaba la expedición como jefe de estado mayor general al general altoperuano Andrés de Santa Cruz y comandante general de caballería al bravo argentino Mariano Necochea; comandante de la caballería peruana el inglés general Guillermo Miller todo bajo la suprema jefatura del Libertador. En el capítulo siguiente describiremos las maniobras finales que condujeron al espléndido triunfo de Junín.

# Capítulo XVI

1824  
JUNIN

## R E S U M E N

*La expedición libertadora en marcha – La tarea organizadora de Sucre – Cómo se suplía el desconocimiento del camino – Audaz excursión de Bolívar a Cerro de Pasco – Concentración en Cerro de Pasco – La revista y la admirable proclama – Canterac marcha desde Jauja – En Carhuamayo cae en la cuenta de que llegó tarde para cortar a Bolívar – Canterac confuso emprende la retirada a marchas forzadas por la orilla oriental del lago Chinchaicocha o de los Reyes – Bolívar siguió igualmente a marchas forzadas al sur por la orilla opuesta occidental del lago – El 6 de agosto los republicanos llenos de júbilo divisan a los realistas en la proximidad del pueblo de Reyes – Superioridad de los realistas en la marcha – Bolívar adelanta la caballería mientras llega la infantería para embarazar al enemigo – Desventaja del sitio en que se les viene encima la caballería de Canterac – Los republicanos se desordenan al primer choque – Bolívar y Braun dirigen el movimiento de “vuelvan Caras” y arrojan al enemigo a la llanura – Desde este momento la superioridad patriota se manifiesta – Necochea con siete heridos rescatado por Sandoval y Camacaro – Miller, agobiado por un escuadrón realista, es libertado por el argentino Suárez – En tres cuartos de hora se decide la batalla – La caballería realista en franca derrota busca el amparo de su infantería que había seguido sin parar – Fantasía sobre la batalla de Junín – Mezquino comentario de Bartolomé Mitre – Bolívar y su ejército duermen a campo raso – Sólo la energía de Canterac pudo impedir la disgregación de su aterrado ejército – Importancia de la victoria de Junín – Bolívar hostigaba por detrás a los vencidos hasta que llegaron al Cuzco – Vasto trabajo de reorganización de Bolívar – Ovaciones de los pueblos y confianza en Bolívar y Sucre – Motivos de Bolívar para dirigirse a la costa – Resultados de la ley colombiana del 9 de julio de 1621 sobre facultades extraordinarias al Libertador – Los celos de Santander – En Huancayo recibe Bolívar notificación de habersele revocado las facultades extraordinarias y prohibídosele comandar el ejército colombiano – Insincera carta de Santander – Serenidad y obediencia de Bolívar – Sucre comandante general del ejército – Dolorosa repercusión de la separación del Libertador en el ejército – Noble actitud de Sucre – A Bolívar, si hubiera sido un ambicioso, le habría bastado una señal para pasear en triunfo su ejército y barrer el gobierno que trataba de humillarlo.*

Y ASI IBAN LOS VALIENTES guerreros arrojando las penalidades sin cuento de la travesía de la Cordillera Blanca, amparados hasta donde era posible por la previsora organización de socorros

en esos páramos inclementes, y sostenidos moralmente por la confortante presencia del Libertador.

El camino era desconocido para los jefes republicanos. Este desconocimiento se subsanaba con los reconocimientos y planes efectuados por el general Sucre. Fue parte fundamental de la tarea en que como dice O'Connor, “desplegó desde el principio de la campaña el saber más profundo y el juicio más exquisito en las disposiciones que adoptó para facilitar la marcha del ejército a Pasco, distante cerca de 200 leguas de Cajamarca, por el terreno más áspero del país más montañoso de la tierra”. “Fue necesario” agrega Lecuna “reparar muchos de los caminos y construir barracas de trecho en trecho en aquellos inmensos yermos con el fin de guarecer los soldados en las noches heladas, y así se cobijaron en muchas jornadas, mientras a los caballos los cubrían con mantas”.

Bolívar en persona suplía también esa deficiencia y la de la falta de datos precisos sobre las intenciones y movimientos del enemigo. Atrevidamente se adelantó con breve escolta hasta cerro de Pasco a 4350 metros de altura, permaneció allí dos días y regresó al Norte para reunirse con sus tropas. Intentaba hacer la concentración general en Cayna; pero influído quizás por movimientos de Canterac, hizo dicha concentración en cerro de Pasco, a donde llegó el 1° de agosto. Al día siguiente pasó revista a sus 8,700 hombres en el llano de Sacramento al pie de cerro de Pasco, en medio del entusiasmo delirante de la tropa que lo aclamaba estrepitosamente a su paso. Y él les arengó con una de sus mejores proclamas:

“¡Soldados!, vaís a completar la obra más grande que el cielo ha podido encargar a los hombres: la de salvar el mundo entero de la esclavitud.

“¡Soldados! ¡Los enemigos que vaís a destruir se jactan de catorce años de triunfos; ellos, pues, serán dignos de medir sus armas con las vuestras, que han brillado en mil combates!”

“¡Soldados! ¡El Perú y la América toda aguardan de vosotros la paz, hija de la victoria, y aún la Europa liberal os contempla con encanto, porque la libertad del nuevo mundo es la esperanza del universo! ¿La burlaréis? ¡No, no! Vosotros sois invencibles.

“En este mismo mes vosotros habéis triunfado en Caracas y en Boyacá. Dad un nuevo día de gloria a vuestra patria”.

El efecto electrizante de esta arenga encendida fue como un alimento del patriotismo que robusteció más la moral y la disciplina de esos hombres.

¡A Jauja! ¡A cortar a Canterac! Y mientras tanto parece que Canterac adolecía de la misma dificultad de Bolívar en materia de informaciones. Sabía, sí, vagamente, que el colombiano se preparaba para salir a su encuentro, y determinó marchar desde Jauja a enfrentarse al despreciado enemigo. Resolvió derrotarlo a medida que sus columnas fuesen desembocando del nudo de cerro de Pasco y situó con ese propósito sus fuerzas en Carhuamayo. Ya era tarde, puesto que los republicanos habían pasado el laberinto crucial.

En efecto, se adelanta con la caballería hacia cerro de Pasco y se halla la desagradable nueva de que los insurgentes habían salido del lugar y se dirigían gallardamente a su encuentro. ¡Que me cortan! ¡Que me aíslan de mi base! “A partir de ese momento perdió el gobierno de sus nervios y sólo pensó a retroceder al sur a marcha forzada”.

Bolívar había calculado con ojo avisor que podía cortarlo en la vecindad del pueblo de Reyes, y apresuró la marcha también hacia el Sur. Así iban los dos grandes contendores fatigando las riberas de la laguna de Chinceicocha o de los Reyes, Canterac por la orilla oriental y Bolívar por la occidental, que el enemigo había tenido el cuidado de desolar para quitar la posibilidad de que su adversario la utilizase; pero ¿qué importaba a Bolívar este contra-tiempo? Su ejército iba provisto de lo indispensable en mantenimiento y forrajes para los caballos. Ambos, en marchas forzadas, para huir el primero y para evitar que se le escapase, el segundo.

Se interpusieron dos ríos que era indispensable vadear, el Pilcomayo y el Mantaro, lo que era obstáculo al movimiento rápido de la infantería.

A las dos de la tarde del día 6 de agosto, aniversario de la entrada de Bolívar en Caracas, víspera del aniversario de la batalla de Boyacá, aniversario de su embarco para el Perú, la caballería patriota, al dominar una altura alcanza a divisar a unos 3 kilómetros de distancia las columnas realistas que ese mismo día habían salido de Carhuamayo en regreso precipitado hacia Jauja. Poseídos del “demonio de la guerra” esos hombres experimentaron ante el espectáculo indecible júbilo; gritos y vivas atronaron la soledad de la montaña; los sombreros de los soldados volaban al aire impulsados por el entusiasmo y la seguridad de su triunfo en cuya persecución venían hacía tres meses en tan adversas condiciones.

Ocurría esto en la proximidad de Reyes, porque el conductor republicano, haciendo exactos cálculos del sitio donde podía cortar a los realistas, desde Canocancha, en vez de continuar en la direc-

ción del Norte al Sur, torció hacia el Oriente en derechura del mencionado pueblo.

Las tropas realistas estaban frescas, descansadas y eran formadas de naturales de la sierra dotados de una natural agilidad y rapidez de andar difícilmente igualada por pueblo alguno. Eran dos inmensas ventajas que llevaban sobre sus perseguidores, trabajados del soroche, del cansancio y de las privaciones. Era imposible alcanzarlos en su marcha con todos los caracteres de una fuga.

¡Se nos escapan! Pensó el Libertador. ¡Que la caballería se desmonte de las mulas y cada jinete monte el caballo que conduce del diestro! La infantería siga en pos adelante los escuadrones. Con ellos se embarazará la marcha del enemigo hasta que puedan llegar los infantes.

Adverso en extremo era el camino en que tuvo que operarse la maniobra. Consistía en un sendero entero los cerros a la derecha y un pantano a la izquierda, y Canterac quiso aprovechar la circunstancia para dar un golpe de muerte con su caballería, superior en número y en calidad a la patriota (1,300 y 900 jinetes respectivamente). Se lanza valerosamente al galope al encuentro de los republicanos para impedirles desplegarse en orden de batalla, es decir, para impedirles el franco acceso a la pampa.

Ya hemos dicho que el argentino Mariano Necochea era el comandante general de la caballería patriota. Los granaderos de Colombia a órdenes del alemán Felipe Braun iban a la cabeza de los escuadrones. En pos de él los Granaderos de los Andes conducidos por el francés Bruix. Detrás, los coraceros del Perú con el argentino coronel Suárez y los Húsares de Colombia con el coronel Silva. El inglés Miller regía las columnas peruanas y el colombiano Silva las colombianas.

Descubocan en la Pampa los granaderos colombianos y apenas logra organizarlos Necochea cuando los realistas corren a su encuentro. El horroroso choque hace temblar la tierra. Los llaneros colombianos los reciben firmes enristradas como una selva sus largas lanzas de tres metros y medio. Hay una emocionante emulación de valor y grandeza en los dos bandos. El Libertador ordena a Miller flanquear a Canterac a su derecha: imposible, el suelo pantanoso lo impide, y ataca de frente. Los dos bandos de titanes se ven impedidos de maniobrar por las condiciones del terreno desventajoso para ambos: simulan huir y desorganizarse los lanceros de Colombia hasta que mediante la genial maniobra llanera de "vuelvan caras" dirigida por Bolívar y secundada por O'Connor logran empujar a la pampa a los realistas. Ahora están ya en campo abierto, en

condiciones de disputarse la palma mano a mano. Es un combate de caballeros de la edad media o de titanes homéricos. Se diría que es una justa anticuada en que no se oye sino el chasquido del sable contra el sable, la lanza contra la lanza, el vocerío de los hombres, ayes de dolor y gritos de animación y euforia: ni vestigios de pólvora, ni ruido de balas, ni estampido de cañones.

Necochea, con siete heridas en el cuerpo es arrastrado por los realistas en una cabalgadura, y al observarlo los capitanes colombianos Sandoval y Camacaro se lanzan a su rescate y lo arrancan de manos del enemigo.

Miller con un solo escuadrón es perseguido por fuerzas superiores en su retirada al norte, pero el argentino Suárez corre en su ayuda y atacando al enemigo por retaguardia hace que cese la persecución del inglés.

El arrojar a los realistas al campo abierto de la Pampa fue operación decisiva, porque aquí ya podían las tremendas lanzas colombianas desarrollar toda su potencialidad, en los grupos que necesariamente se fueron formando a manera de combates singulares en que fueron dando cuenta de sus enemigos.

Generalizada así la lucha, el Libertador se retiró de en medio de la pelea hacia un montículo cercano para poder observar el conjunto de su desarrollo y dar las órdenes del caso.

Por fin llegaron los primeros cuerpos de infantes mandados por Sucre, para reforzar a la caballería, pero ya era innecesario; la caballería española se retiraba en franca derrota buscando el arrimo y protección de su infantería, que huía a pasos redoblados a tiempo en que el sol estaba a punto de ocultarse.

Las pérdidas sufridas por los realistas fueron de 364 entre muertos y heridos. Hubo más de 100 prisioneros. Los patriotas perdieron 145 entre muertos y heridos.

En tres cuartos de hora que duró el memorable encuentro Bolívar demostró a los españoles, ufanos por tantos triunfos sobre los republicanos, que no eran invencibles, impuso respeto a los orgullosos adversarios, destruyó su excelente caballería y arruinó la moral del enemigo. Ya que no logró dar la batalla final y decisiva que esperaba, dejó establecida la confianza de que el próximo encuentro sería el final y consagradorio de la total liberación del Perú y con ella la consolidación de la libertad americana. El cansancio de la infantería patriota y el desconocimiento de los caminos impidieron una persecución a fondo de las columnas de Canterac.

Muchas fantasías han corrido después sobre el acontecimiento de Junín, obra de intereses y sentimientos diversos. He aquí el mezquino comentario de Mitre: "Bolívar que con su estado mayor presenciaba el combate desde lo alto de una colina, al ver doblados los escuadrones de Colombia y en fuga los que formaban las columnas sucesivas, lo dio todo por perdido y se replegó rápidamente a su infantería, donde lo alcanzó más tarde el parte de la victoria dado por Miller. Esto no ha impedido que la musa americana le haya consagrado el más inspirado de sus cantos glorificándolo como a un héroe de Homero en un combate decidido por el acaso y el valor de los soldados, en que no tomaron parte ni su inteligencia ni su persona, aun cuando el honor del triunfo le correspondía como general en jefe que dio la orden de pelear".

Esa noche el ejército, incluso el glorioso jefe supremo tuvo que dormir a cielo descubierto en la inclemente y fría pampa de Junín, mientras el pánico del enemigo aumentaba por grados. Desde esa noche hasta el día siguiente el ejército de Canterac hizo una asombrosa jornada de 160 kilómetros con la nota especial de que el camino quedó sembrado de cadáveres de sus soldados sorprendidos en el momento de desertarse. No obstante, se calcula en más de 2,000 las unidades que lograron escapar. Se explica esto porque el ejército se componía en sus dos terceras partes de peruanos reclutas que anhelaban por cualquiera coyuntura para volver a sus hogares. De suerte que los jefes no tenían confianza sino en los peninsulares que los seguían, como ocurría en Venezuela en los aciagos años de 1814 y 1815 cuando la causa de la independencia era repudiada por los pueblos. Ahora se repetía el fenómeno a la vez, seguramente no por amor propiamente a la causa independiente sino por cansancio y deseo de volver al seno de sus hogares. Las comisiones del servicio tenían que custodiarse por soldados españoles; los campamentos daban el aspecto de prisiones estrechamente vigiladas. Con más razón reina este régimen ahora que el ejército había sufrido tan severo escarmiento que alejaba en tanto grado las esperanzas de una victoria compensadora. Sólo la innegable energía de Canterac pudo impedir que su gente se evaporase de un modo total.

Se ha dicho que Junín fue un combate de poca importancia. Lo fue quizás visto desde el punto de la escasez de las fuerzas en lucha; pero su resultado, mirado globalmente y consideradas las observaciones que acabamos de consignar, fue el de la derrota no sólo de la caballería, que ya de por sí no es poco éxito dada la excelente calidad de ese cuerpo que desde entonces no pesó más en



la balanza de la guerra; mas la derrota alcanzó a toda la ufana columna realista de 8,000 hombres.

Canterac no paró ya más en su retirada hasta llegar a la vieja capital de los incas, la ciudad de Cuzco, para contar un mes después de la memorable derrota de Junín su pérdida de 600 hombres de a caballo y 2,000 infantes.

Mientras estas penurias y contrariedades ocurrían en el campo realista, Bolívar, sin proponerse una sistemática persecución de Canterac, marchaba detrás, con lo que el realista tenía el buen cuidado de alejarse, buscando siempre el arrimo y la incorporación de las tropas virreinales hasta su llegada al Cuzco, como se ha visto.

Vasto campo de trabajo iba presentándose cada vez al Libertador. Junín había libertado las provincias peruanas al norte del Apurímac, es decir, la mayor parte del territorio, y desde luego no era pequeña la tarea de reorganización que tenía por delante a cada paso de su caballo. Instalaba autoridades nuevas; colocaba sacerdotes en sus curatos; obligaba al deber patriótico a aquellos que, temerosos de un cambio de la rueda de la fortuna, se mostraban vacilantes o remisos; ponía la administración de justicia sobre bases sólidas, y a aquellos pueblos destruidos por los realistas en su afán da quitar a los vencedores el goce de sus beneficios y ventajas, los eximía del pago de contribuciones.

No hay para qué consignar que a partir de los habitantes del pueblo de Reyes en la pampa de Junín, ocupado por los independientes el día que siguió a la acción de armas, durante todo el recorrido del ejército vencedor y del Libertador hasta Huamanga, su jornada fue una continuada apoteosis por los festejos, las alabanzas, los obsequios y las bendiciones de los naturales que ahora veían con claridad el cambio de la suerte en favor del Perú bajo la conducción hábil y generosa del hombre extraordinario cuya presencia misma era un signo de confianza.

A todo esto era indispensable no descuidar el estudio de la región, desconocida del ejército republicano, para poder determinar en vista de los obstáculos y demás accidentes, junto con las direcciones seguidas por el enemigo, las mejores vías para acercarse o evitarlo y los sitios más apropiados por los mantenimientos que pudieran proporcionar, para acantonamientos de la tropa. De la discusión de las posibilidades que pudieran proporcionarse resultó un acuerdo total entre Bolívar y Sucre.

Ocurrió un incidente que puso de relieve al Libertador y a su teniente más eficiente y valioso. Sucre figuraba por disposición de

su jefe como comandante general del ejército. En esa condición marchaba en la campaña que acababa de terminar aunque no tomó parte en la batalla por las mismas razones que impidieron a la infantería batirse en la pampa.

Llegado el Libertador a Huancayo reflexiona sobre la necesidad de que el ejército no sufra merma en sus unidades. Echa una mirada sobre los rezagados por cansancio y los que por enfermedad han quedado en los hospitales. Era indispensable que un oficial hábil partiese a la tarea de recogerlos y proporcionarles los medios adecuados de reunirse con sus compañeros. Sucre, piensa el jefe supremo, ha hecho con éxito la organización de la marcha terrible por la Cordillera Blanca; Sucre es el hombre en quien tengo más confianza por su dedicación a las tareas, por su juicio y criterio en toda clase de asuntos encargados a su celo; a Sucre comisionó para resumir y conducir al cuartel general a todos los que han quedado atrás por cualquier motivo.

¿Sucre el comandante general del ejército, en esta tarea secundaria, empresa que corresponde a un oficial subalterno? Su elevado sentido de la subordinación militar no le permite la más leve contradicción y cumple su cometido con la exactitud y talento acostumbrados. Mas los émulos ¿no había de tenerlos? ; y los maldicientes y chismosos han murmurado y hecho mofa de su comisión; han logrado sublevar su sentimiento del honor, que lo impulsa a renunciar al ejército con la única protesta contra el procedimiento de su jefe que se registra en su carrera. Oigámosle:

*“He despachado todo lo que había atrás del ejército hasta el Cerro, y más allá han marchado oficiales que harán andar cuanto queda. Han ido para el cuartel libertador las fuerzas y los artículos militares de que he dado cuenta por medio de la secretaría general. Después que he llenado tal comisión y que he cumplido con usted, querrá usted permitir que piense un momento en mí.*

*“Convendrá usted, mi general, en que un hombre que carezca de la delicadeza necesaria para servir su destino no debe obtenerlo, y menos vivir en sociedad que guían el honor y la gloria. Yo he sido separado de la cabeza del ejército, para ejecutar una comisión que en cualquiera parte se confía cuando más a un ayudante general, y enviar a retaguardia al tiempo que se marchaba sobre el enemigo; por consiguiente se me ha dado públicamente el testimonio de un concepto incapaz en las operaciones activas, y se ha autorizado a mis compañeros para reputarme como un imbécil o como un inútil.*

*“Pienso, señor, que al usar este lenguaje no se me acusará de orgulloso ni de aspirador. Habiendo rehusado de todo mi corazón el primer rango del Perú que obtuve una vez por la representación nacional, parece que poseo un derecho a exigir de mis compatriotas que me crean con sólo el deseo de un poco de estimación pública; pero este desprendimiento de los destinos, ni me aleja de los miramientos que debo a mi actual empleo, ni me autoriza para prosti-tuirle su decoro.*

*“Es cierto que he consentido en la aceptación del nombre de general en jefe del ejército unido con un ejercicio vago e informal; pero ni he dejado de conocerlo, ni de saber la crítica de los jefes a mi insulsa representación; la continué sin embargo por complacer a usted y por servir al ejército y al Perú sin llevarme nunca de la presunción del título; pero sucede de algunas distracciones que de un mal se va a otro, y yo he visto con dolor que sufriendo pequeños golpes (y tal vez varios no pequeños) se me ha dado el más fuerte que jamás preví, de reducirme ante el ejército unido, al papel de conducir enfermos y atrasados.*

*“No se si al conferírseme semejante comisión se ha tratado de batirme; pero lo dudo infinito, y mi conducta se persuade que no lo he merecido; tampoco sé, si porque se me juzgue inepto; pero en tal caso, me consuela que he servido a usted y al ejército con un celo especial y que en la campaña he tenido una absoluta consagración a todos los trabajos. Sea lo que sea, mi general, esta comisión ha servido de burlas y sátiras a los que no son mis amigos, y de sorpresa a los que me estiman. Yo he sufrido el tormento de que algún jefe me dijera, que al haberla aceptado era una indebida autorización para que pudiesen ser tratados los demás casi como criados (dispense usted que use la misma palabra), si esto se ha dicho a mi frente, es fácil juzgar lo que se hable a mi espalda, inferir qué respetabilidad y qué concepto he de merecer de mis compañeros. Es incontestable que de hecho se ha declarado a la faz del ejército que no se me necesita para nada (que es demasiado probable) y lo que es más mortificante, usted ha dicho a alguien de mis menos amigos, que se me mandaba a retaguardia en busca de las altas de hospitales y de las guerrillas. ¿No es esto dar a mis desafectos los medios fáciles de desacreditarme? Sin embargo yo creo de muy buena fe que sirvo para mucho más que tales comisiones.*

*“De todo esto deducirá usted que mi situación es un verdadero conflicto; estoy separado del ejército por la distancia del honor al vilipendio, y mi corazón está unido a usted, al ejército, y a la gloria de Colombia en la libertad de este país. He meditado doce*

*días mi posición y el partido que me deje, y después de un choque constante entre mis deseos y mis deberes, éstos me aconsejan de no presentarme en donde mis compañeros me han visto salir con desaire. Si usted me permitiera, yo abrazara la resolución que me dictan mi conciencia militar y mi justificación; pero aún seré sumiso y elegiré a usted mismo de consultor en este delicado asunto.*

*“Los amigos a quienes he manifestado mi situación me han reprochado de que no representara antes contra el ultraje de esta comisión; pero si yo conviniera de que fuese una falta, seré suficientemente disculpado con mi prudente y ejemplar obediencia a los mandatos de usted, y porque además, era una triste indiscreción reclamar otras consideraciones que aquellas que buenamente se me dispensaran.*

*“Usted sabe, mi general, que nadie ha sido más empeñado que yo en esta campaña, y que aun cuando el año pasado quise por razones poderosas irme de este país, luego tomé una muy positiva determinación de quedar hasta el fin de la guerra, corroborándola sinceramente en los conflictos de febrero y marzo mucho más después del consejo de Huamachucos. He llenado con entera contracción mis obligaciones hasta que nuestro ejército, tomando en todo sentido una superioridad absolutamente decidida sobre el enemigo, nos presagia o asegura una conclusión feliz y pronta; y hasta que el suceso más inesperado y bochornoso me ahuyenta del ejército. Ningún acaecimiento de otra especie menos ofensivo, pudiera inducirme al partido que más me cuesta; y no a la verdad por esperanzas de premios militares ni otras recompensas al fin de la campaña, sino porque mis sentimientos todos han estado tan ligados a la suerte de nuestros cuerpos en el resultado final de la empresa como se halla usted a su gloria. Contemple usted por tanto cuán amarga es mi resolución que la encuentro tan precisa como dura.*

*“Después de tan franca exposición, creo, señor, que usted no consentirá mi humillación ante todo el ejército; usted no querrá que un soldado honrado se conforme con la vergüenza y el desprecio. Condenado por consecuencia a la más cruel despedida permaneceré unos días de Huancayo a Tarma (con las ocupaciones más posiblemente útiles a las tropas) mientras usted tiene la bondad de mandarme sus órdenes, que a mi estado desagradable sabrá usted cuáles convengan. Me atreveré a indicar, como las más oportunas, aquellas que me ahorren nuevos e injustos vejámenes; porque como otras veces he dicho a usted, yo puedo y quiero ser de simple particular en Colombia un buen ciudadano, ya que la suerte no me ha protegido bastantemente para ser un buen militar. Desde mucho*

*tiempo me he penetrado de que no soy para la carrera pública, lo sé, lo confieso sinceramente y es cuanto hay que exigirme.*

*“Dígnese usted, mi general, aceptar los votos constantes de mi corazón por su prosperidad y su dicha; siempre desearé vehementemente que en todas partes la sombra de usted sean la fortuna y la victoria. No sé cómo acabar esta carta; entre la desesperación y el dolor, apenas permiten pedir a usted que me conserve sus restos de estimación, y que cualquiera que fuere mi condición, quiera usted contarme su fiel amigo, humilde y obediente servidor”.*

No hay duda, las quejas del futuro gran mariscal, desde el punto del honor militar son más que fundadas. Su sentimiento de orgullo personal, parejo con la idea de no vacilar en el servicio de la causa, se encontraba en un serio conflicto con la orden impartida por el Libertador. Triunfó por el momento la segunda, prestó el servicio requerido, y su dignidad que consideraba herida no vaciló en dictarle esa carta de protesta ante Bolívar y renuncia del ejército. Encontramos en el documento esa nobleza, elevación y lógica características de él. Pero había un punto que lo cegaba más que todo el bochorno de las hablillas y comentarios de que hace mérito en su comunicación, y es que el Libertador no confiaba en otro oficial para la ejecución de esa tarea que consideraba de importancia tan capital en la necesidad en que se hallaba el ejército de no disminuir sus efectivos. Y cómo había de conservar los que con tanta fatiga había reunido, entrenado y conducido al través de las grandes contrariedades conocidas? El país estaba agotado de hombres; de los auxilios que hacía años estaba solicitando, apenas unos cientos se habían recibido; los demás yacían aún en el campo de las promesas, y por lo pronto tenía por delante librar la gran batalla de la final autonomía de América. Era el caso de no considerar trabas de jerarquías y escoger al hombre adecuado donde lo encontrase. Bien sabía que Sucre no vacilaría en sacrificar su orgullo en aras de la obediencia y en obsequio del ejército. La misma limpieza de intención no dejó al Libertador sospechar que el orgullo de su grande amigo podía resentirse, y grande debió de ser su asombro al leer la carta que se acaba de transcribir. Bajo esta impresión dictó a su secretario la contestación, cuya sencillez y cristalino sentimiento no podían producir otro efecto que desarmar y sosegar al pundonoroso militar:

*“Huamanga 4 de septiembre de 1824*

*“Señor General Antonio J. de Sucre*

*“Mi querido general:*

*“Contesto la carta que ha traído Escalona con una expresión de Rousseau, cuando el amante de Julia se quejaba de ultrajes que le hacía por el dinero que ésta le mandaba: ‘Esta es la sola cosa que usted ha hecho en su vida sin talento’. Creo que a usted le ha faltado completamente el juicio cuando usted ha pensado que yo he podido ofenderlo. Estoy lleno de dolor por el dolor de usted, pero no tengo el menor sentimiento por haberle ofendido. La comisión que he dado a usted la quería yo llenar; pensando que usted lo haría mejor que yo por su inmensa actividad, se la confería usted, más bien como una prueba de preferencia que de humillación. Usted sabe que yo no sé mentir, y también sabe usted que la elevación de mi alma no se degrada jamás al fingimiento. Así, debe usted creerme. Antes de ayer (sin saber nada, nada de tal sentimiento) dije al general Santa Cruz que nos quedaríamos aquí para dirigir esa misma retaguardia, cuya conducción deshonra a usted, y que usted iría adelante con el ejército hasta las inmediaciones o del Cuzco o de Arequipa, según la dirección de los enemigos; y en todo esto, yo no veía ni veo más que el servicio, porque la gloria, el honor, el talento, la delicadeza, todo se reúne en el solo punto del triunfo de Colombia, de su ejército y la libertad de América. Yo no tenía tan mala opinión de usted que pudiera persuadirme de que se ofendiese de recorrer la jurisdicción del ejército y de hacer lo que era útil. Si usted quiere saber si la presencia de usted por retaguardia era necesaria, eche usted la vista sobre nuestro tesoro, sobre nuestro parque, nuestras provincias, nuestros hospitales y la columna del Zulia; todo desbaratado y perdido en un país enemigo, en incapacidad de existir y moverse. ¿Y cuál es la vanguardia que yo he traído? El coronel Carreño la ha conducido. El general Santa Cruz me ha precedido de seis días. Los enemigos no nos podían esperar ni nos esperan en un mes. El ejército necesitaba y necesita de todo lo que usted ha ido a buscar, y de mucho más.*

*“Si salvar el ejército de Colombia es deshonoroso no entiendo yo ni las palabras ni las ideas. Concluyo, mi querido general, por decir a usted que el dolor de usted debe convertirse en arrepentimiento, por el mal que usted mismo se ha hecho en haberse dado por ofendido de lo que no debiera; y en haberme ofendido a mí con sus sentimientos. Esas delicadezas, esas hablillas de las gentes comunes, son indignas de usted; la gloria está en ser grande y en ser útil. Yo jamás he reparado en miserias, y he creído siempre que lo que no es indigno de mí tampoco lo era para usted. Diré a usted, por último, que estoy tan cierto de la elección que usted mismo hará, entre venirse a su destino o irse a Colombia, que no vacilo en*

*dejar a usted la libertad de elegir. Si usted se va, no corresponde usted a la idea que yo tengo formada de su corazón. Si usted quiere venir a ponerse a la cabeza del ejército, yo me iré atrás y usted marchará adelante para que todo el mundo vea que el destino que he dado a usted no lo desprecio para mí.*

*“Esta es mi respuesta. Soy de usted de corazón- BOLIVAR”*

Retrato fiel de dos aspectos de los dos grandes hombres son las cartas que se acaban de leer. Como se ha dicho, la diferencia tuvo allí su término y ambos marcharon en la armonía de siempre y en esa tierna amistad que no cesó hasta el momento en que el uno pereció en Berruecos, materialmente atravesado por la traidora bala, y seis meses después destrozado moralmente en Santa Marta el Libertador por la ingratitude de los hombres y las amargas perspectivas de la patria.

Los dos grandes libertadores, curada así la herida del repentino choque, continuaron paralelamente la gloriosa carrera. Sucre concentró sus tropas hacia la orilla izquierda del Apurímac y obraba así contra su deseo. Pensaba que la guerra defensiva era desventajosa y desagradable, y se sentía atormentado con estar sujeto a oponer una tranquila presencia a las maniobras del enemigo; comprendía que con ello contrariaba tanto también el ímpetu de su tropa, que deseaba pelear; tenía confianza en el triunfo sin necesidad de más auxiliares, pero se sometió a la experiencia adquirida por su jefe en tantos años de guerra. Y es curioso que Bolívar el hombre audaz hasta la temeridad, preconizador de la guerra ofensiva desde los comienzos de su carrera, adoptase esa posición al revés de la que deseaba Sucre, el hombre prudente y equilibrado por excelencia: los papeles trocados, como se dice vulgarmente; pero en nuestro concepto, ambos se apoyaban en fundamentos muy sólidos. Mas Bolívar al mismo tiempo que insistía en la guerra defensiva, protestaba dejar a Sucre libertad de acción; y por su parte Sucre se atuvo a las opiniones del jefe en lo substancial, aunque el desarrollo de los sucesos le forzó a la que pudiera llamarse guerra defensivo-ofensiva.

Bolívar se dirigió a la costa, y mientras tanto Sucre quedaba en la sierra, centinela vigilante de la salvación de la patria y del bienestar del ejército.

La desviación de la persona del Libertador hacia la costa se presta a algunas observaciones. Su presencia era necesaria en occidente para desde la base de sus operaciones y en tránsito hacia ella organizar el vasto territorio libertado, para ocupar a Lima y restablecer así el prestigio de la república, para proveer al traslado a la

sierra de los auxiliares colombianos cuya llegada se anunciaba y que requerían urgentemente ser provistos de cuanto necesariamente les era menester para hacer la terrible marcha: ropas, provisiones de boca, elementos de movilidad, conductores hábiles por la cordillera; para arbitrar las medidas oportunas para evitar los daños que los barcos españoles Asia y Aquiles, ya en aguas del Pacífico, podían infligir a la escuadra del contraalmirante Guise y a los transportes destinados a conducir los referidos auxiliares colombianos; para atender al buen y honrado manejo de los tres millones de pesos del empréstito que se acababa de negociar en Inglaterra: no pequeña tarea, sólo proporcionada a su genio su actividad y su celo. Puede agregarse otra razón de bastante peso: Bolívar no creía que en el estado moral del ejército del rey éste se aventurase a una ofensiva vigorosa antes de que se disipase el efecto de la derrota de Junín o pasase la estación de las lluvias.

Amplios poderes dejó a Sucre y partió camino de la costa organizando a su paso el devastado país, restituyendo el imperio de las leyes, creando tribunales de justicia, estableciendo escuelas, aumentando la disciplina militar y castigando con severidad sus violaciones. “Un peruano distinguido ha dicho”, refiere O’Leary, “que nunca fueron tan respetadas las leyes del Perú como cuando el congreso permitió que Bolívar las relegase al olvido”. Su dictadura la ejercía absolutamente en el estricto sentido romano.

La ley colombiana del 9 de julio de 1821 investía a Bolívar de las facultades extraordinarias en los territorios donde se llevaba a cabo la guerra, con autorización de dar ascensos sin previa consulta al senado. Debido a esta sabia medida le fue posible coronar con éxito la azarosa campaña de Pasto, la de Pichincha, impedir el atentado de Guayaquil que se meditaba contra la integridad de la república, proveerse en las provincias surceñas de materiales y equipo para la guerra del Perú. En una palabra, las facultades extraordinarias del presidente de Colombia habían producido el beneficio de completar y asegurar el dominio de la patria por el Sur y de extender los éxitos de la libertad al Perú, sin cuya autonomía era imposible que las demás naciones del continente hispano pudieran descansar tranquilas en la posesión de la paz y la libertad.

Pero ocurrió que Santander andaba con el ánimo lleno de desazón y celos por los ascensos que antiguos compañeros iban adquiriendo bajo la mano justiciera del Libertador que premiaba su comportamiento en las campañas que hacía, mientras él Santander, no pasaba del grado de general de división. No le bastaban los honores que el Libertador le había otorgado por sí mismo o contri-



buído con su influencia a que los obtuviese, hasta llegar a ocupar el alto sitial del despacho presidencial de la república.

O'Leary cita dos cartas de Santander a Bolívar, una del 20 de febrero de 1823 y otra del 6 de febrero de 1824: "*¿Creerá usted que ahora pocos días estuve pensando que todos los generales pueden ser generales en jefe antes que yo si sigo en el ejecutivo? Pues es buen chasco salir de vicepresidente dentro de tres años, a que me manden tantos generales que no sirven para mandarme. Dispense usted mi orgullo y crea que siempre lo he tenido, y que si no lo he manifestado es porque mi desgracia no me lo permitía ni era regular . . . Reserve usted esto porque no tengo necesidad de que nadie reconozca esta franqueza. Usted es descuidado con las cartas, y yo hablo como hombre público*".

*Bolívar quería halagar al vicepresidente para que remitiese los auxilios que solicitaba en vano, y al fin cedió a sus pretensiones e insinuaciones, recomendando su ascenso al senado, pero haciéndole notar que el acto era inconstitucional. El vicepresidente le escribió: "Aprecio mucho su propuesta para el senado en mi favor. Convenigo en que es inconstitucional; y no sólo por esta razón, sino por delicadeza, pienso omitir presentarla. Sufriré ya mi suerte contra mi carrera militar, porque yo pienso ir a Europa a ver el mundo después de mi gobierno, y entonces nada me importa que sean generales en jefe todos los oficiales que creo no pueden ser ni jefes superiores en la milicia . . ."*

Es claro que el solo sentimiento de envidia por los ascensos que el Libertador decretaba y lo dejaban a él estacionario no habría sido suficiente para medida tan mal aconsejada como la de destituirlo del mando del ejército unido de que se hablará luego. Era todo un partido político lo que se formaba contra éste so pretexto del auge del militarismo y patriótico temor por la preponderancia de Bolívar sobre el congreso. En el fondo de todo había un sentimiento neogranadino de envidia por la fortuna del héroe de Caracas: y esta causa y otras menos aparentes se unieron en los momentos, en que se le creía vencido por los altos conductores peruanos: Riva Agüero, Torre Tagle, Berindoaga, Aliaga y tantos otros, para asestarle lo que se suponía fuese un golpe de gracia que paralizase su carrera vertiginosa hacia la cumbre de la gloria. Santander jefe del poder ejecutivo, un resentido y hábil en la intriga, sirvió de lazo de unión a todos los desafectos y movió ocultamente los hilos de la conspiración. La grandeza de alma y sumisión al congreso que mostró Bolívar en la coyuntura fue un bofetón en el rostro de estos hombres.

El 24 de octubre, pues, en Huancayo entregaron al Libertador los pliegos con los cuales se le notificaba que la ley del 9 de octubre de 1821 había sido derogada por la del 28 de julio de 1824. Al disgusto que necesariamente tuvo que causarle la nueva se agregó el de una carta de Santander insincera, a todas luces tendiente a echar sobre otros hombros la responsabilidad de la nueva ley. "Me parece", dice en uno de sus párrafos "que mientras más nos mostremos moderados el triunfo será nuestro. Dispense usted esta insinuación, pues es arrojado dar a usted consejos. La misma serenidad suplico a usted tenga con la carta anónima que ha aparecido en uno de los números de El Colombiano. Es preciso, mi general, vivir persuadidos de que los hombres son ingratos, y de que el honor de la república requiere todo género de sacrificios. Usted ha sabido hacerlos, y con sus obras y conducta ha desmentido a los maldicientes y desagradecidos. Por Dios, mi general, no se manifieste usted sentido, porque perdemos mucho delante de la Europa, y ruego a usted que hasta esta carta rompa, porque me parece vergonzoso haberme ocupado de esos enredos y que sin duda no los habría mencionado si no hubiera estado seguro de que por otro conducto no lo podría saber usted".

"Nadie es grande impunemente", repetimos.

¡Cuánto debió de ofender a la sinceridad y franqueza de Bolívar la lectura de esta carta llena de hipocresía, y doblez. El 10 de noviembre siguiente fue cuando resolvió dirigirse a Santander y hacer mérito del suceso con un tanto de amarga ironía en cuanto a la conducta de su corresponsal "por la bondad con que me ha tratado la sabiduría del senado a instancia de mi querido amigo el poder ejecutivo".

Pero donde tuvo una repercusión dolorosa y ruidosa la triunfante intriga neogranadina fue en el campamento del ejército unido. Al comunicársela Bolívar a Sucre le exhortó a que usase de la mayor prudencia al hacer conocer la medida del gobierno. La carta es digna de conocerse completa como todos los detalles del episodio, porque en cada uno hay un elocuente mentiz a la imputación de ambicioso y soberbio inventada por la envidia impotente. La firma el coronel Heres, ministro de guerra. Dice así:

*"Huamanga octubre 24 de 1824*

*"Señor general. S.E. el Libertador me manda decir a usted que la nueva orden del congreso que con esta fecha se incluye sobre la revocación de las facultades extraordinarias con que antes estaba autorizado, le obliga a dejar el mando inmediato del ejército*

*de Colombia, no porque sea esta la orden expresa del gobierno y la mente del congreso, sino porque S.E. cree que el ejército de Colombia a las órdenes de U.S. no sufrirá el más leve daño o perjuicio por esta medida, y porque S.E. desea además manifestar al mundo su más grande anhelo por desprenderse de todo poder público y aún de aquel mismo que, por decirlo así, compone la parte más tierna de su corazón: el ejército de Colombia. Al desprenderse S.E. el Libertador de este idolatrado ejército, su alma se le despedaza con el más extraordinario dolor, porque su ejército es el alma del Libertador. Así desea S.E. que lo haga U.S. entender a los principales jefes del ejército de Colombia, pero con extraordinaria delicadeza para que no produzca un efecto que sea sensible a nuestras tropas”.*

#### TOMAS DE HERES

No bastaron las precauciones de Sucre. No podía esperarse que recibieran las nuevas en paz y conformidad esos veteranos que miraban con veneración y cariño naturales y justos a Bolívar, su jefe que en su trato era el más amable de los camaradas, que no desdenaba compartir con ellos todos los trabajos del soldado y del amigo, desde el arreglo de las cargas en el momento de emprender la partida y la escasez de la dieta y comodidades del soldado en campaña, hasta la incómoda e insalubre cama a flor de tierra y bajo la inclemencia del cielo abierto en la pampa desierta y fría en la noche de una victoria esplendorosa. La reacción no se hizo esperar en el memorial que los jefes le dirigieron desde Pichurga (10 de noviembre):

*“Excelentísimo señor: El ejército ha recibido ayer con el dolor de la muerte la resolución que V.E. se ha dignado comunicarle el 24 de octubre desde Huancayo, separándose de toda intervención y conocimiento de él en virtud de la ley de 28 de julio último. Nosotros, señor, como los órganos legítimos del ejército, nos atrevemos a implorar la atención de V.E. a las observaciones que por el momento nos han ocurrido sobre la determinación de V.E.*

*“Meditando la ley del 28 de julio no hemos encontrado que el cuerpo legislativo al dictarla tuviese la intención expresa de separarnos de V.E. ni de dañar a este ejército cuyos sacrificios, si no son bien sabidos en Colombia, son al menos estimados por todos los amantes de la independencia americana. Es cierto que esta ley destruye las facultades con que V.E. ejercía su autoridad en el Sur y en el ejército, y con que ha completado la libertad de la república, dado la vida al Perú y la paz a sus vecinos; pero entrevemos que el*

*congreso comete estas facultades extraordinarias al ejecutivo en las provincias de asamblea, delegables a quienes sea necesario.*

*“Confesamos que esta misma circunstancia expresada por nuestros legisladores, al derogar la ley del 9 de octubre del año 11, es ofensiva en algún modo a la delicadeza de V.E., mucho más cuando al presentar los bienes que esta ley produjo, no mostraron la gratitud que debía la nación al que con ella y sus constantes sacrificios supo salvarla; pero no pensamos que ocurriera ni remotamente que la autoridad extraordinaria con que V.E. ha estado investido, fuese sospechosa a la libertad del estado ni a la seguridad de los ciudadanos del Sur. El genio que ha creado una nación, que ha formado Colombia y que nos ha dado patria y existencia, no podía presentarse jamás a la conciencia de los legisladores sin sus naturales virtudes. La ley de 28 de julio, si no manifiesta la consideración debida a los eminentes servicios y a la comportación de V.E., tampoco lo autoriza para que, por dar nuevos y raros ejemplos de desprendimiento, nos prive de la intervención de V.E. en nuestras armas, cuando V.E. no está en el miserable caso de justificar su conducta noble, estando ella escudada por la libertad que un medio mundo debe a la espada de V.E. y a sus principios generosos.*

*“Después de catorce años de combates, en que los enemigos fueron expulsados más acá del Ecuador, y que integrada la república en su territorio habíamos cumplido nuestros juramentos a Colombia, el ejército fue invitado a la campaña del Perú; V.E. lo envió, y autorizado luego en los términos constitucionales, vino a mandarlo según se lo había ofrecido solemnemente. Si este ejército tuvo en la guerra del Perú deberes de obediencia hacia su gobierno por los tratados existentes, los tiene V.E. mucho más sagrados hacia él particularmente, desde febrero en que, dislocado completamente el orden regular de las cosas en este país, le ofreció V.E. acompañarlo en las desgracias o conducirlo a la victoria. V.E. no podría separarse de él sin faltar a compromisos sellados con nuestra sangre. Si después de internados al centro del Perú, V.E. se separase de nosotros, sería resolver nuestro abandono, decretar nuestra ruína, y ni el congreso ni V.E. pueden resolver nuestro abandono y decretar nuestra ruína.*

*“Los representantes de la nación no parece que pudieran pensar que la ley de 28 de julio produjese la deliberación de V.E. del 24 de octubre; los legisladores saben que nosotros no hemos venido al Perú en busca de ninguna fortuna, sino en busca de la gloria de Colombia, del brillo de sus armas, de la seguridad de sus fronteras, de la independencia de América, y lo diremos también, señor, sin*

*ideas de lisonja, por acompañar a V.E. que nos ha educado, que nos hizo soldados, que ha impreso en nuestros corazones el amor a la libertad y que nos convidó a llevarla a nuestros hermanos desgraciados. Si en medio de la carrera V.E. nos dejase, por ningún motivo humano tendríamos el derecho de suplicar a V.E. que nos volviese a nuestra patria; allí cerca del gobierno, cerca de los apoderados de la república, gozaríamos inmediatamente de la beneficencia de las leyes, recibiría pronto el ejército sus recompensas y serían innecesarias las facultades extraordinarias que V.E. ejerció para premiarlo; gozaríamos de la paz dulce que disfruta el resto de los militares, y de los tiernos recuerdos que se hacen a la nación por sus servicios, mientras los nuestros, en un país extraño, con inmensas fatigas, únicos en la guerra y con ningunas esperanzas particulares . . .*

*No deseamos, señor, significar ahora ninguna queja, sin embargo, que hemos visto la atroz injuria del poder ejecutivo en consultar al congreso si los empleos que V.E. había dado al ejército serían reconocidos en Colombia, como si nosotros hubiéramos renunciado nuestra patria, como si nuestros servicios fueran una especulación, y como si el ejército recibiera ascensos tan simplemente como se ganan en las capitales; este insulto, que hemos sentido más por la publicación en las gacetas que por el hecho, lo hemos sofocado en nuestro dolor, porque nuestros corazones son de Colombia, y nuestras armas y nuestra sangre, sostendrán su libertad, sus leyes y su gobierno; ni es nuestro ánimo oponernos a las disposiciones de los escogidos del pueblo, no obstante que algunas a largas distancias pueden ser inconsultas e inconsideradas, es, sí, nuestro anhelo y nuestro humilde ruego que V.E. revoque (o por lo menos suspenda hasta llevar nuestros reclamos al congreso) su resolución del 24 de octubre, y que, tomando otra vez su intervención y su conocimiento inmediato en el ejército, como se hallaba antes, lo vea ése volver a su frente a conducirlo con fortuna y con gloria al término de la empresa heroica que V.E. ha comenzado, y en que esperamos que V.E. nos dará vuestros laureles para restituírnos a Colombia y rendir con ellos y nuestros trofeos el homenaje más puro de nuestro amor patrio en el templo de la representación nacional.*

*“Excelentísimo señor.—El general comandante en jefe,  
ANTONIO J. DE SUCRE*

*“El general, comandante general de la 1ª división, Jacinto Lara—El comandante general de la 2ª división, José M. Córdova—El*

*coronel de Rifles, Arturo Sandes.—El coronel de Húsares, Laurencio Silva.—El coronel, comandante de Vencedor, Ignacio Luque.—El comandante de Vargas, Trinidad Morán — El comandante del 3er. escuadrón de Húsares Pedro Alcántara Herrán — El coronel de Granaderos, Lucas Carvajal.—El coronel, comandante de Pichincha, José Leal.—El coronel, comandante de Bogotá, León Galindo.—El teniente coronel, comandante de Caracas, Manuel León.—El teniente coronel, mayor de Granaderos, Cruz Paredes.—El teniente coronel, comandante del 3ro. de Granaderos, Mariano Ajea.—El teniente coronel, comandante del segundo de Granaderos, Felipe Braun.—El comandante de Voltígeros, Pedro Guasch.—El jefe del estado mayor de la segunda división, Antonio de la Guerra.—El ayudante general, Antonio Elizalde.—El jefe del estado mayor del ejército, Francisco Burdett O'Connor”.*

Tanto la respuesta de Sucre como la comunicación oficial con motivo del incidente, confirmaban la firme resolución de ponerse al lado del Libertador irrestrictamente en la emergencia. En la carta confidencial le decía:

*“Sea lo que fuese de todo, usted está en el caso de revocar sus resoluciones del 24 de octubre. Usted tiene grandes compromisos con el ejército para no separarse de él por ningún motivo: ni las leyes ni todos los decretos que pudieran darse u ocurrírseles a nuestros buenos hombres de Bogotá lo cubrirían a usted de un mal resultado que sufriéramos por esta determinación de usted; y es muy posible sufrir un mal. La moral del ejército perdería mucho: su amor al gobierno, su entusiasmo, su espíritu nacional, se quebrantaría mucho si este ejército se persuadiera que usted no remediaba el olvido en que lo han puesto los señores de Bogotá. Yo desde ahora declaro que temo infinitamente un retroceso del brillante pie en que está el ejército, si usted no revoca su resolución. Cuento que usted no será jamás indiferente a nuestra situación para aislarnos por ningún motivo humano. Usted ha dado demasiadas pruebas de desprendimiento y generosidad para presentar otra al mundo, y mucho menos cuando es a costa de los compañeros que han sido a usted más fieles.*

*“Yo no establezco ninguna relación directa con el gobierno en Bogotá, sin embargo de la orden de usted, hasta que elevada a usted la solicitud de los jefes del ejército, dé una nueva resolución que me prometo sea como se pide. Entre tanto, sólo irá directamente al congreso la otra representación que se ha de dirigir a la capital y que se incluirá a usted abierta, para que examinándola pase luego adelante si es que usted no tiene embarazo y quisiera*

*detenerla. Hablaremos con respeto y sumisión y con la dignidad debida”.*

Como puede verse, le bastaba a Bolívar una señal tan sólo para haber deshecho la intriga que lo perseguía con tanta ingratitud y con tanta ceguera tocante a los intereses de Colombia. No faltaba un mes siquiera para que ese ejército humillase en Ayacucho el orgullo español; y en las manos de un ambicioso con el genio y la fortuna suya ese ejército se habría paseado en triunfo desde el Perú hasta Bogotá y los confines últimos de Colombia. El en cambio no vaciló en dar el más confortante ejemplo de sumisión a la ley, tascando en silencio el freno con que sus émulos y enemigos francos o solapados pretendían entorpecer su gloria.

Llamaremos de paso la atención hacia el ejemplo de grandeza de alma y patriótico desprendimiento de su teniente Sucre, que designado por el congreso para suceder al gran caudillo, no se envaneció con la perspectiva de honor tan glorioso y bregó hasta donde pudo para que no se efectuase el divorcio del Libertador. Este era el género de disciplina en que estaban empapados esos hombres formados en la escuela de Bolívar.

Como dictador del Perú, el Libertador tenía que mirar por la suerte del país, por lo que no podía contemplar con indiferencia la de sus defensores, y necesariamente debía ayudar con sus consejos al nuevo jefe del ejército auxiliar de Colombia; y como comprendía sus deberes y no podía por motivo alguno dar de mano a su gloria y destino, siguió solicitando auxilios al Ecuador, no ya con la autoridad suprema de presidente de Colombia, sino como un colombiano aliado del Perú.

# Capítulo XVII

1824-1825

## AYACUCHO

### RESUMEN

*El coronel Luis Urdaneta ocupa a Lima y es derrotado por una emboscada que le tiende Rodil — Bolívar en Chancay — Organiza una columna de tres mil hombres, base de un nuevo ejército — Ocupa a Lima — En la antevíspera de Ayacucho oficia a los diversos gobiernos de la América española sobre el congreso de Panamá — ¿Adoptar la ofensiva o la defensiva? — Opiniones diversas — La Serna, desde el Cuzco, vadea el Apurímac — Sus intenciones — La apreciación del movimiento — Marcha paralela de los dos ejércitos — Plan de Jerónimo Valdés para atrapar a Sucre — Este lo elude y burla al realista — Derrota parcial de los republicanos en Matará o Colpahuayco — Ayacucho — La capitulación — No comprendía al alto Perú — Nueva iniciativa de Bolívar para el congreso de Panamá — Recibe el parte de Ayacucho el 18 de diciembre — Le produce una crisis nerviosa — Las proclamas — Decretos en beneficio del Perú — Repercusión de la victoria de Ayacucho — Convoca el congreso para el 10 de febrero — Renuncia Bolívar a la presidencia de Colombia: no se le acepta — Se instala el congreso peruano — La comisión del congreso ante Bolívar — Bolívar en la sala del congreso — Su mensaje y su renuncia — La sinceridad de Bolívar — Súplicas del congreso — Explosión popular — Súplicas del pueblo — El congreso insiste y dicta por fin un decreto para reafirmar en Bolívar el poder dictatorial — Bolívar se somete.*

**B**OLIVAR DESPUES DE JUNIN, se ha visto, debía abandonar la sierra porque las necesidades de la organización política de los pueblos liberados y otras no menos urgentes, lo llamaban al recorrido hacia el occidente. Una de esas tareas debía ser la ocupación de Lima. Fuera de la ocupación en sí ella tenía gran importancia por el prestigio que daría a las armas libertadoras la posesión de la capital. A tal fin, comisionó al coronel Luis Urdaneta para que formando un cuerpo con los soldados que habían quedado a retaguardia hiciese su entrada en Lima. Tres compañías de infantería y



dos escuadrones de caballería formó Urdaneta. Con 600 hombres de las altas de los hospitales, entró en Lima el 2 de noviembre. Haciendo al día siguiente una salida, no contaba con que el jefe de la guarnición realista del Callao le había preparado una emboscada en La Legua con dos escuadrones de caballería y cuatro compañías de infantería con los que cayó de sorpresa sobre su columna aterrada por el súbito ataque y la derrotó completamente, no sin hacer en ella un sangriento escarmiento.

La novedad sorprendió al Libertador en Chancay, a corta distancia al norte de Lima, e inmediatamente se puso a la obra de la organización o incrementación de lo poco que quedaba después del desastre de Urdaneta. En menos de un mes tenía ya formada una base de 1,200 hombres, núcleo de un nuevo ejército para hacer frente a cualquiera contingencia que pudiera ocurrir en la sierra.

Parece como que una mano poderosa quisiera coordinar los movimientos y acciones de los dos libertadores. Fue el 7 de diciembre cuando el jefe superior ocupó a Lima, dos días antes de que su gran lugarteniente diera en tierra con el brillante ejército del rey, en Ayacucho.

Bolívar se trasladó de Chancay a la capital con sus tropas que llamaríamos improvisadas si no fuera que en los pocos días en que la había podido organizar ya había logrado bajo su mando el grado de madurez de la tropa experimentada y veterana.

Ese día tenía que ser memorable en los fastos de la ciudad virreinal. Los traidores la desocuparon definitivamente y se encerraron en el Callao con Torre Tagle, Berindoaga, Aliaga y demás criminales a la cabeza. Los patriotas ocultos para escapar a las vejaciones e infamias de Ramírez, el esbirro realista, corrieron presurosos y confiados desde sus escondites; la ciudad casi abandonada y muerta trocó su aspecto sombrío por un ambiente de júbilo. Con lágrimas de alegría rogaban a Bolívar los patriotas redimidos que no se apartara ya más de ellos y le prometían su concurso irrestricto. Poderoso era en realidad el enemigo que tenían en frente, constituido por fuerzas veteranas conducidos por un militar tan hábil y fiel realista como Rodil, el que tanto dio que hacer hasta un año después de Ayacucho, a cuya generosa capitulación rehusó someterse: "el tal gobernador Rodil es el demonio" diría Bolívar a Santander; pero era más incontestable la decisión de Bolívar y el estímulo poderoso de su presencia.

Ese mismo día 7 de diciembre, impulsado por su espíritu profético, como si tuviese presente la gloriosa jornada de dos días

después, escribía a los gobiernos de las repúblicas de Colombia, Méjico, Río de la Plata, Chile y Guatemala la célebre circular sobre uno de sus proyectos favoritos, de que venía hablando desde su destierro de Jamaica: nos referimos a la magna asamblea de Panamá que había ideado como “base fundamental que eternice, si es posible, la dirección de estos gobiernos”, este es los de “las repúblicas de la América antes española”. Después nos referiremos de nuevo a este negocio.

La correspondencia entre el Libertador y Sucre muestra las divergencias que existían entre ellos acerca de la conveniencia de permanecer a la defensiva o asumir resueltamente la ofensiva y dar la batalla final. Bolívar aconsejaba el primer partido basado en que la derrota de Junín había permitido al virrey disponer de las fuerzas de Valdés que antes había tenido que distraer para someter a Olañeta.

En efecto, aterrado por el mal suceso de Canterac y la tremenda repercusión que tuvo en la moral de sus hombres, el jefe realista dio orden a Valdés de que suspendiera la comisión que le había dado contra el rebelde y volviera a unirse con el grueso de la tropa. Así, vencedor y todo contra éste en el sanginario combate de La Lava, hubo de cederle el terreno, y Olañeta, vencido, quedó prácticamente vencedor, conquistador de sus ambiciones, dueño absoluto del Alto Perú.

Decimos que Bolívar era de opinión que Sucre se mantuviese a la defensiva por lo que acabamos de exponer, y porque juzgaba que para dar la batalla con toda seguridad de buen éxito era prudente esperar el arribo de los refuerzos anunciados, que contaba habían de llegar muy pronto.

Sucre, al contrario, sostenía que no era necesaria esa ayuda: contaba con que inferior y todo en número, estaba en capacidad de batir al realista: “el enemigo lleva el valor en los pies, los nuestros lo llevan en el corazón”. Aparte de esto, le parecía que no debía esperarse a que se disipase el desastroso efecto moral de la derrota. Pero obediente a las inspiraciones de su jefe, acantonó las tropas en sitios a la orilla izquierda del Apurímac.

Bolívar, sin embargo, aunque no cejaba en sus opiniones, defería a las de su brillante teniente, insistiendo siempre en la idea de no comprometer la batalla sin una completa seguridad de éxito.

Magistralmente formula sus admoniciones de este modo: “1º, que de la suerte del cuerpo de su mando depende la suerte del Perú tal vez para siempre y de la América entera tal vez por algu-